



EL HOMBRE SIN MIEDO

COLETTE GREEN

**EL HOMBRE
SIN MIEDO**

COLETTE GREEN

©Colette Green 2020
EL HOMBRE SIN MIEDO.

Todos los derechos reservados.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, producto de la imaginación de la autora; cualquier similitud con la realidad es una coincidencia

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

EL HOMBRE SIN MIEDO

CAPÍTULO 1

—El hombre sin miedo, era como lo llamaban. —Me decía mi buen amigo el Inspector Sánchez, mientras yo evitaba no quitar la vista del cadáver que tenía delante de mí.

—Efectivamente, Julio Díaz era el hombre sin miedo, aunque ahora nunca sabremos si era cierto. —Le contesté yo.

Mi nombre es Paco Montoya, soy periodista de investigación. No trabajo para ningún medio en exclusiva, soy un freelance que se vende al mejor postor, aunque siempre recibo ofertas de varios medios para trabajar en exclusiva. La verdad es que me gusta hacerlo así, tengo mucha inseguridad laboral, pero gano más dinero y como todavía soy joven, tengo 39 años, siempre digo que hay tiempo para estar en nómina.

Esa noche estaba durmiendo en casa cuando sonó el teléfono. —Tienes que venir, tengo algo interesante —me dijo mi amigo el inspector Sánchez. En verdad que lo era, no siempre se encontraba uno con la escena del crimen del gran torero Julio Díaz. No necesité preguntar quién era como buen aficionado a la fiesta que era. Al llegar al sitio me encontré con todo acordonado por la policía. Era un descampado a las afueras de la ciudad.

—Bueno, cuenta ¿Cuál ha sido la causa de la muerte?, dije yo con impaciencia nada más llegar.

—Ha sido provocada por algo parecido en un punzón, la muerte ha sido inmediata mira...— dijo señalando a la nuca del cadáver.

—Joder... no puede ser —dije yo.

—¿por qué?, contestó el poli.

—Coño, ¿no lo ves?, es como si lo hubieran descabellado.

—¿Como a los toros?, dijo él con cara de incrédulo.

—Sí, como hacen los toreros para rematar a los toros. ¿Hay alguna marca más?

—No, apareció desnudo aquí en el descampado, lo encontraron unos críos que se juntan en este solar para jugar al fútbol.

—Vaya putad —sólo acerté a decir.

—¿Qué piensas?, ¿podrían ser los grupos antitaurinos radicales? —Dijo Sánchez

—No creo, Julio Díaz llevaba retirado de los ruedos más de diez años. Además, era tan esquivo con su vida que dudo que por muy organizados que fueran tuvieran capacidad de saber quién era este hombre.

—¿Entonces?

—Bueno, creo que tengo que mover unos hilos, te iré informando.

—Mas te vale. —me dijo Sánchez con gesto serio.

Me despedí de la escena del crimen. Como ya eran más de las siete de la mañana decidí ir a desayunar a un bar cerca de uno de los periódicos de la capital. Estaba absorto en mis pensamientos, consultando información sobre el personaje en cuestión con ayuda de mi tablet. La verdad es que las fuentes que consulté, no decían nada que yo no supiera antes. Julio Díaz era un personaje opaco, lo era cuando lideraba el escalafón de toreros. Era muy escrupuloso con su vida privada, yo diría que era bastante huraño, no se sabía nada de él fuera de los ruedos y era algo francamente curioso. Por norma general, los toreros son personajes muy populares en este país, la prensa del corazón los persigue hasta la saciedad, pero este no era el caso. De hecho, aborrecía la vida social, no acudía nunca a recoger un premio, no tenía amigos dentro de la profesión ni

aparentemente fuera de ella. Viendo los resultados nulos de mi búsqueda, decidí ir a la hemeroteca del periódico en cuestión, me llevaba muy bien con el director ya que consiguió el puesto gracias a un par de trabajos míos. Por eso siempre me dejaba consultar y usar las instalaciones. Al acceder al edificio del mismo, me encontré con la secretaria de Augusto, el director. Mónica era una mujer increíble en todos los aspectos, era inteligente, divertida y además me llevaba genial con ella. Siempre tonteábamos como críos, pero por pura diversión.

—Montoya, ¡qué alegría!

—Hola Mónica, guapa.

—¿Qué haces tú a estas horas por aquí? —dijo ella con cara divertida.

—Venir a ver a la mujer más guapa del mundo. —Le contesté con un deje guasón.

—Eso se lo dirás a todas, zalamero, en serio, ¿Qué haces hoy aquí a las ocho de la mañana?

—Vengo a ver a Augusto.

—Hoy tiene reunión del consejo de administración, no creo que pueda verte, lleva una semana con el tema que no veas. Tiene un día largo y duro, está intentando evitar el desembarco del fondo soberano árabe en el capital social de la empresa.

—Bueno, sólo quería pedirle permiso para consultar la hemeroteca del periódico.

—Sabes que para eso no te hace falta pedirle permiso. —Dijo Mónica con una sonrisa en la boca.

—Ya, pero siempre me gusta saludarle, sabes que siempre se ha portado como un hermano mayor conmigo.

—Bueno, no exageres. Tú también le te has portado bien con él. O no te acuerdas cuando el periódico estaba mal de pasta y tú le regalaste un par de artículos de investigación que nos colocaron en la cresta de la ola.

—Ya, pero era por puro agradecimiento, él confió en mí, cuando era un ex—miliar con la carrera de periodismo recién terminada. Había que agradecerlo.

—Bueno, tú pasa conmigo que luego se lo comento yo. —Dijo ella.

—Vale, gracias... pero me gustaría abusar más de vosotros. ¿Me puedes presentar al nuevo responsable de la información taurina?

—Vaya y yo que me estaba haciendo ilusiones, bueno... más días en modo Spiderman.

—Joder... ya sabes que eso no es un placer, tener sexo contigo es un privilegio que no está al alcance de simples mortales como yo.

—Anda pasa, que no sé cómo no te he follado antes.

—Porque tú no quieres. —Le contesté riéndome.

Pasamos a la redacción del periódico, era algo mágico, la actividad ya era frenética y eso que no habían hecho nada más que entrar, ya estaban consultando agencias para coger ideas para la edición de mañana. Era genial, estaba absorto con el espectáculo cuando Mónica me llamó.

—Montoya, mira esta es Lucía, nuestra redactora de información taurina.

—Montoya... ¡qué alegría! Encantada de volverte a ver.

—Lo mismo digo, Lucía. —Le contesté dándole un beso en la mejilla.

—¿Pero ya os conocéis? dijo Mónica con cara divertida.

—Sí, de una vida anterior, ¿qué haces por aquí? —Contestó Lucía.

—Te traigo una exclusiva, han asesinado a Julio Díaz.

—¿Qué?, ¿En serio? —Dijo ella con cara descompuesta.

—Sí, lo han encontrado muerto en un descampado, ha sido asesinado.

—Pobrecillo —dijo ella sentándose.

—¿Lo conocías?

—Sí, lo conocí, mi padre fue subalterno suyo, en realidad él me pago los estudios, cuando mi padre murió.

—Vaya, no lo sabía. No sabes cuánto lo siento.

—Sí, siempre se portó muy bien con nosotros. —Dijo ella con un llanto contenido.

—Oye —le dije. Viendo las circunstancias, me gustaría hacer una investigación seria sobre él, creo que no se merece que la gente diga que murió por un asunto de drogas.

—No sabes cuánto te lo agradecería.

—Mira, voy a la hemeroteca a indagar un poco, si quieres te invito a comer y hablamos un poco. Además, hace tiempo que no nos vemos.

—Sí, desde que te hice la entrevista siendo estudiante.

—Más o menos.

Lucía y yo nos conocíamos de eso, sin más. No hubo sexo y no por falta de ganas, porque la niña estaba realmente buena. Morena, con la piel oscura pero todo ello aderezado con unos ojos oscuros y profundos que hacían derretirse al más templado. Yo, empezaba a ser conocido por el mundo gracias a mi primer reportaje de investigación sobre la droga y los políticos. De hecho, provoqué la dimisión de un par de altos cargos que se ponían de coca hasta los ojos. Ella ni corta ni perezosa, me abordó un día en los toros y me pidió una entrevista con un desparpajo impresionante. Accedí y bueno quedamos un par de días para hacerme un reportaje en profundidad. Lamentablemente no fue tan en profundidad, como a uno le hubiese gustado.

Al llegar a la hemeroteca, me senté cómodamente con todas mis cosas alrededor y tomando notas. Pero no había más que crónicas taurinas y poco más. Una entrevista de cuando empezaba y poco más. Bueno y la famosa entrevista de Lucía, creo que fue un favor personal para que pudiera encontrar trabajo. Se notaba por el tono de la misma que se conocían bien. Así que decidí dejar la hemeroteca para centrarme en Lucía, ella sabía más de lo que decía saber. Estaba absorto en mis cavilaciones, cuando note una mano sobre mi hombro.

—¿Qué has visto?

—Poca cosa, Lucía. A parte de tu entrevista, no mucho más.

—Julio era una persona tremendamente opaca, ¿Te cuento un secreto?

—Claro.

—La entrevista me la inventé, luego se la enseñé para que me diera el visto bueno, contándole que era imprescindible para obtener un puesto de trabajo en el periódico. Hice un par de fotos y punto.

—Curioso, aunque si él dio el visto bueno, es como si fuera una entrevista.

—¿Lo conocías mucho? —le pregunté.

—Sí, en mi casa era uno más, cuando preparaba la temporada con mi padre, vivía en casa. Era muy raro, mi padre sufría mucho con él. Pero se apreciaban mucho, creo que fue a la única persona que realmente respetó dentro del mundillo. —Dijo ella.

—Sí, creo que tu padre fue el único que le aguantó. ¿Por qué no le duraban los subalternos? —Le pregunté.

—Bueno, eso es sencillo. Sólo toreaba alimañas, ya sabes, Miuras, Victorinos, Dolores Aguirre, toros extremadamente difíciles. Pero cuando les coges el punto, son los que de verdad te dan la gloria. Para él, torear un Daniel Ruiz o un Juan Pedro Domecq, era aburrido. Tener una cuadrilla dispuesta a aguantar su nivel de exigencia era realmente difícil. Mucha gente no quería trabajar con él. Pagaba muy bien, pero sólo mi padre, que estaba loco, y pocos más le aguantaban.

—Eso ya lo sabía. Pero antes, me has dicho que él pagó tu carrera, si pagaba tan bien con lo que toreaba, tu padre debió ganar un buen dinero.

—Sí, mi padre era un excelente banderillero, pero un pésimo administrador. Invertió todo lo que tenía en Afinsa y bueno ya conoces el resto.

—Sí, a mi madre también le robaron un pico. —Le contesté.

—El caso es que mi padre, tenía allí todos nuestros ahorros, cuando se enteró no tuvo mejor idea que suicidarse, de pura vergüenza. —Mientras recordaba a su padre, no pudo reprimir que un par de lágrimas le resbalaran por la cara.

—Entiendo, oye por qué no te invito a comer y seguimos. —Dije yo.

—Bueno, yo ya hecho mi trabajo aquí, de hecho, acabo de escribir el obituario de Julio. Y no tengo muchas ganas de currar, creo que me vendrá bien.

—Genial, yo también quiero salir de aquí cuanto antes ya sabes que no aguanto mucho entre cuatro paredes.

—Pues, déjame coger mis cosas y nos abrimos cuanto antes.

—Ok, te acompaño.

Salimos de la redacción, para coger mi coche. Ella no pudo reprimir la risa cuando lo vio, sí la verdad es que era un mini hecho polvo de con incontables bullones y muy viejo, pero era cojonudo para moverme por una gran ciudad. Y no me preocupaba mucho dejarlo en la calle, no creo que hubiera nadie que lo quisiera robar.

—Yo, en esta mierda de coche, no me subo. ¿Cuánto tiempo hace que no lo lavas? —Dijo ella.

—Bueno, la semana pasada llovió. —Le contesté.

—Ya veo. ¿Tan poco te pagan para no poder permitirte algo mejor? —Dijo ella entre risas.

—Bueno, este lo tengo para el callejeo, ¿subes?

En realidad, era mi coche de diario, tenía otros dos más, un Mitsubishi Montero, para mis correrías para el campo, equipado para hacer la cabra y la niña de mis ojos, un Volvo P-1800 del año 72, el coche del santo.

La llevé a un restaurante al que solía ir con frecuencia, más que nada porque era el de un colega de armas, bueno y por qué la comida era realmente buena. Al llegar le pedí un reservado para que pudiéramos hablar tranquilos, pedimos la comida todo ello regado con un buen vino, un 200 monjes para que nos animáramos un poco. La velada transcurrió de lo más animada, ella me contó algunas anécdotas del torero. Según contaba Lucía, Julio, era perfeccionista hasta la desesperación. Obligaba a su cuadrilla a un estado físico envidiable, la pretemporada era brutal. Se pasaban un mes recluidos en hoteles de alta montaña, de hecho, fue el primer torero con preparador físico, algo que sólo se veía en los deportistas de élite. Luego, se tiraban otro mes toreando en el campo, de hecho, tenía un par de ganaderías de tercera que les compraba la camada entera. Se entrenaban con toros de seis y siete años. Una locura, pero Julio era así, dijo ella. Cuando terminamos, ella me invitó a su casa donde podíamos seguir hablando y así me invitaba a una copa.

Al llegar ella me preparó un gin —tonic, Lucía era una sibarita de mucho cuidado, sobre todo viendo el esmero con los hizo. Seguimos hablando, yo reuní una información muy precisa sobre el diestro. Cosas que nadie sabía, por ejemplo, que no tenía familia. De hecho, estuvo viviendo en un centro de acogida hasta los dieciocho años, porque nadie lo adoptó. Creo que de ahí venía su despego hacia la gente y sobre todo era el motivo por el que odiaba a las pelotas que se intentaban pegar a su alrededor.

Según contaba, el aprendió a torear porque uno de los guardias había sido una maletilla y con él practicaba toreo de salón. No fue nunca un interno conflictivo por lo que no le costó mucho convencer al gerente del centro para que le dejara ir a la escuela taurina. Luego vino su presentación en las novilladas de promoción, becerradas y bueno un cazatalentos, reparó en él y el

resto es de sobra conocido. Una tarde apoteósica tras cortar las cuatro orejas a los dos toros de su lote nada menos que en Madrid, simplemente salió al centro del ruedo con unas tijeras y se cortó la coleta. Vamos, que se retiró. Hizo un posterior y breve comunicado de prensa donde decía que lo dejaba que la fiesta había dejado de tener aliciente para él. Nunca más se volvió a saber de él hasta ahora.

Llevábamos más de cinco horas charlando realmente a gusto, ella hablaba y yo escuchaba atentamente, se me había olvidado lo guapa que era, estaba tanteándola fijándome en su canalillo marcado por un jersey de pico, cuando mi teléfono sonó.

—Era Sánchez, quería enseñarme el informe de la autopsia. ¿Por qué no te vienes? —le dije.

—No sé si estoy preparada para esto.

—No vamos a ver el cadáver, simplemente le vamos a echar un ojo al informe del forense, además hemos quedado en un bar cerca de la comisaría.

—Vale, mi parte periodística puede más que mi vena sentimental. —Dijo ella.

Agarramos mi coche y nos fuimos al lugar indicado, una vez allí, mi buen amigo estaba ya allí sentado tomando un refresco. Nada más llegamos, no pudo reprimir una mirada de arriba abajo a mi compañera, añadiendo una sonrisa socarrona en la que podía leer algo así como, “¡Qué suerte tienes cabrón!”. Una vez hecha las presentaciones, y vencida la suspicacia del policía sobre mi acompañante, me extendió una carpeta, tras leerla detenidamente. Se la devolví, no pude más que decir:

—¿Esto es cierto? —dije yo con cierta incredulidad.

—El doctor García, es de lo mejor a nivel nacional. No creo que haya escrito lo que ha escrito sin venir a cuento.

—¿Qué pasa? —dijo Lucía.

—Déjale que lo lea —le pedí a mi amigo.

—No tengo que decirte que esto es totalmente extraoficial, ¿entendido guapa?

—Soy periodista, de sobra sé lo que hay. —Dijo Lucía visiblemente molesta, mientras agarraba la carpeta.

—Oye Montoya, lo me que me mosquea es el tatuaje del brazo.

—A mí también, más de lo que te imaginas. ¿Tenéis base de datos de estas cosas?

—Tío, ves demasiado la tele.

—Pues... no sé dónde ahora mismo, pero yo he visto este tatuaje antes. ¿Me dejas hacerle una fotografía con el móvil? —Le dije yo.

—No es lo acordado, pero yo también estoy mosqueado con el tatuaje... vaaa, hazla.

—Gracias, te debo una caña y un pincho de tortilla.

—¿uno sólo? ¿Cuándo me vas a llevar a comer donde tú compañero de las GOE? —Dijo el policía.

—Pronto... de momento a esta ronda invito yo...

—Vale, pero sólo porque me caes bien.

Nos reímos los tres, sabía que había algo raro, algo que no cuadraba, el informe de la autopsia, el tatuaje, todo era muy raro. Volvíamos los dos en mi coche, sin hablar. Cada uno con sus cavilaciones, al llegar a casa de Lucía, paré el coche y ella mirándome con sus ojazos, me dijo:

—¿Quieres pasar la noche conmigo?, no hace falta que follemos, sólo me vale con dormir abrazada a ti.

—¿Estás segura? —Le dije yo.

—Sí, hoy no quiero estar sola.

Algo me impulsó a besarla, una fuerza interior me lo pedía a gritos, la atracción era mutua, por

lo que nos fundimos en un beso interminable, donde una especie de corriente eléctrica recorría mi espalda estimulando todos mis sentidos. Subimos por el ascensor sin separar nuestras bocas más que lo imprescindible para coger aire y respirar. Todavía no sé cómo, pero sin darme cuenta ya estábamos los dos desnudos en la cama, la respiración se nos entrecortaba, sobre todo a ella cuando me dejé arrastrar por su espalda combinando mordisquitos con besos, hasta llegar a sus muslos para posteriormente darle la vuelta y subir dando besos hasta sus poderosos pechos. Mientras ella jugueteaba con mi polla que de por sí estaba dura. Luego bajé a su vagina para darme un atracón de ella, muy peludita, pero con unos labios rosados que suplicaban mi lengua a gritos. Comencé a lamer como si de un helado se tratara, ella me agarraba la cabeza mientras levantaba sus caderas con tal de sentir más. Luego pasé a su clítoris inflado jugando con la punta de mi lengua, ella no aguantaba más y me pedía, es más me imploraba, que se la metiera toda ella, sus jugos vaginales la delataban, estaba deseando que la penetrara. ¡Follame!, me gritaba como una descosida, yo como antiguo militar era pura obediencia, así que marcando un ritmo marcial como el de la legión. La taladré de manera inmisericorde, primero con la postura del misionero compaginando mis embestidas, a la vez que le mordía sus pezones oscuros y grandes. Cuando estaba a punto de llegar al punto de no retorno la saqué para poder aguantar un poco más.

Pero ella se retorció, pedía su ración de carne como si de un monstruo se tratara. La puse a cuatro patas, se habían acabado las contemplaciones, había que follarla duro, para poder hacerla llegar al clímax no tenía otra opción, me agarré a sus nalgas que eran grandes y muy duras, para impulsarme hacia delante para metérsela de golpe hasta los huevos, repetía este ritmo muy lentamente mientras le daba pequeñas cachetadas, en cada una ella no podía reprimir un gemido de placer. Pero tenía que jugar sucio así que me lamí el dedo pulgar de mi mano derecha para ir introduciéndolo lentamente en su ano, fue como un fin de fiesta, mi amante no lo soportó más y se corrió, llenando la habitación de gritos de placer para caer derrumbada acto seguido, pero yo no me había ido así que asiéndola de las caderas me tumbe encima de ella y seguí penetrándola mientras le mordía su precioso cuello, no fueron más que dos culadas, para correrme dentro del condón que ella me había puesto con maestría con la boca. Nos quedamos abrazados, para posteriormente dormir plácidamente. Había sido el broche de oro a un día largo y lleno de emociones de todo tipo.

Me despertó el ruido de la ducha, Lucía, mi amante se veía en todo su esplendor debajo de una cortina de agua, mientras se frotaba sus partes íntimas con una esponja natural que rezumaba espuma en abundancia, yo no pude soportarlo y me introduje en la ducha para poder frotar ese cuerpo ideado para el mejor de los pecados. Repasaba con cuidado todos y cada uno de los recovecos de su cuerpo. Jugaba con mis dedos dentro de su concha, hinchada por los juegos carnales de la noche anterior. Para mi deleite ella se dio la vuelta y nuestras lenguas chocaron en un intenso beso, para luego ir arrastrando su lengua por mi torso hasta mi polla que volvía a pedir a gritos acción. Con sumo cuidado, recorrió con su lengua mi aparato desde el glande hasta los huevos y sin más, se la introdujo entera mientras su mano jugaba con mis testículos que estaban duros a más no poder. Se la tragó entera, al mismo tiempo que con la otra mano jugaba a masturbarse, no pude más. La levanté y utilizando la espuma como lubricante, se la fui introduciendo lentamente por su culo. Escapando un grito de dolor, porque nadie antes se había atrevido a hacerlo. Pero ella era pura lujuria y sabría apreciarlo, primero un poco, aguanté hasta que su ano iba dilatando lentamente, mientras su mano jugaba con su coño. Al poco rato, su culo estaba totalmente entregado a mí. Joder qué gozada es desvirgar un culo virgen, nos corrimos a la vez mientras sus contracciones apretaban más mi polla hasta exprimirla.

Terminamos de ducharnos entre juegos de abrazos y besos, Lucía era una mujer genial en toda

regla. Inteligente, divertida y además era una auténtica tigresa en la cama. Nos secamos y nos vestimos, tuve la suerte que tenía alguna ropa de su hermano que de vez en cuando pasaba algún fin de semana en su casa, por lo que al menos no tenía que ir con la ropa sucia del día anterior. Como buen caballero, le preparé un desayuno abundante con zumo de naranja, tostadas con aceite de oliva y un buen tazón a rebosar de café con leche. Una vez terminamos, mientras lavaba los platos, ella me preguntó.

—¿Qué piensas hacer hoy?

—Bueno, pensaba ir a mi casa para investigar un poco, hacer un par de llamadas y ver si puedo sacar algo en claro, y tú ¿tienes pensado algo?

—No, hoy volveré a mi rutina, aunque es difícil, dado los acontecimientos.

—Ha sido genial, me encantaría volver a estar contigo. —Le dije con cara sonriente

—Mira, Montoya... yo también he disfrutado, pero sólo quiero tener sexo contigo, sólo he tenido otro amante que me ha podido seguir el ritmo.

—Y... ¿qué le pasó? —Le pregunté con evidente curiosidad malsana.

—Se cruzó una rubia por nuestro camino, ahora vive en Alemania.

—Genial... por cierto, si quieres te invito hoy a cenar y te cuento lo que he descubierto.

—No, mi culo tiene que asimilar tanta novedad...mejor nos vemos este sábado.

—Vale, como quieras, te recogeré a las nueve.

—Ok, el sábado a las nueve de la noche me recoges, pero por favor ven al menos con el coche limpio... jajajajaja.

Nos besamos y la llevé a la redacción del periódico.

CAPÍTULO 2

El tatuaje dichoso, sabía que lo había visto antes, ¿dónde? No lo recuerdo. Pero estaba seguro que lo había visto. Al menos había algo evidente, no era taurino. Algo dentro de mí, me decía que era un tema militar. Lo sabía porque yo había sido miembro de los “Grupos de operaciones especiales” G.O.E, aunque todo el mundo nos llama por nuestro antiguo nombre C.O.E. La razón es que alguien decidió cambiarnos de cuerpo a grupo, en síntesis, seguíamos siendo los boinas verdes españoles. Os estaréis preguntando ¿cómo narices un tío como yo se enrola en el ejército, para terminar como plumilla?, bueno la cosa tiene una explicación sencilla.

Con diez y siete años era un chaval feliz, que vivía con mis padres en una pequeña localidad del sur del país. Mi padre era camionero y mi madre se dedicaba a criarnos a mi hermano pequeño y a mí. Era una vida feliz, llevaba bien las ausencias de mi padre, entre otros motivos porque cuando venía dedicaba su tiempo a nosotros. Siempre estaba allí, por muy cansado que estuviera. Nos llevaba a nuestras competiciones deportivas, nos tomaba el pelo, jugaba con nosotros. En fin, era genial, mi madre también lo es, pero como madre antigua, pues era un poco más seria.

La mala suerte, quiso que un accidente dejara a mi padre en la cuneta. Mi madre tenía que mantener a dos hijos. Lo que nunca había sabido es que mis padres no estaban casados y por ello la normativa negaba cualquier tipo de pensión, afortunadamente la cosa cambio hace unos años y ahora la cobra, pero durante esos años mi madre tuvo que ponerse a trabajar limpiando casas, yo era un chaval normal, muy buen estudiante, pero normal, por lo que ese palo hizo que madurase muy deprisa. Justo el día que volvía de recoger las notas de selectividad, estaba feliz, al día siguiente cumplía los diez y ocho años y además había sacado un siete y medio. Al llegar me encontré con algo que me devolvió de golpe a la realidad, la casa estaba a oscuras y mi madre llorando, nos habían cortado la luz por falta de pago.

Estuve toda la noche madurando la idea, no pude dormir, así que al día siguiente. Mi madre la pobre no dejaba de llorar, además se estaba matando a trabajar para nada. Estaba decidido, era mayor de edad y podía hacerlo. Así que me fui al centro de reclutamiento, me informé y rellené la solicitud, di la dirección de un gran amigo mío para que mi madre no se enterara. Lo tenía claro, quería entrar en las COE, era duro pero lo que me atraía de verdad era que podía jugar a ser Rambo. Al llegar a casa, no le dije nada a mi madre para no preocuparla más, así que mientras llegaba la fecha para los exámenes de rigor, me di una vuelta por la zona para encontrar trabajo y poder ayudar con algo de dinero a la maltrecha economía. El día llegó y me levanté temprano para estar a la hora asignada yo le dije a mi madre que iba a una entrevista de trabajo. Ella accedió, pero un poco a regañadientes. Lo dicho, es que me presenté, hice las pruebas físicas y psicotécnicas. Como siempre he practicado deporte, no me costó trabajo pasarlas con buena nota. Por lo que estaba dentro, tenía que presentarme en el cuartel en diez días, el problema era que cómo le decía a mi madre el tema para que no se mosqueara, porque ella quería a toda costa que siguiera con mis estudios. Al llegar a casa, cogí a mi madre y le dije con el semblante serio:

—Mamá, tenemos que hablar...

—Dime hijo, estás muy serio...

—Mamá, me he alistado en el ejército.

—¿Queeee?

—Lo que oyes, acabo de pasar las pruebas, en diez días me voy al cuartel.

—Pero Paco, ¿tú estás loco? O mejor, ¿tú estás tonto?

—No mamá, ni lo uno ni lo otro. Estoy harto de ver cómo te matas a trabajar para nada. No puedes con todo, necesitas que alguien aporte dinero a casa. Yo quiero estudiar, y esta es la mejor forma de poder compaginar las dos cosas.

—Pero, Paco...—Dijo mi madre entre lágrimas.

—Mira, soy mayor de edad, no puedes evitar lo que ya he decidido. Te juro que en cinco años tendré una carrera universitaria.

—Hijo... estoy orgullosa de ti. —Me dijo mi madre entre lágrimas.

—Mamá no te voy a fallar, en cuanto me instale me pondré a trabajar duro para conseguir mis metas y poder ayudarte en todo lo que pueda. No es justo que te ocupes tu sola de todo, al final enfermarás y no podrás ocuparte de nada.

—Dame un beso, ¿sabes?, te llevaré yo al cuartel.

—Gracias mami.

Llegué al cuartel donde me esperaba este cambio importante en mi vida, el primer día fue relativamente sencillo, nos llevaron a conocer el cuartel, los mandos se presentaron. Nos asignaron las literas y nos dieron la ropa. Los que tenían que pasar por el peluquero pasaron y poco más. Al día siguiente...empezó el infierno de la instrucción, gritos, carreras, más gritos, más carreras, formación, más tiros, más práctica, pistas americanas. Acabamos hechos polvo, ese día renunció uno. Yo seguía a lo mío, estaba acostumbrado a hacer ejercicio. Pero esto era inhumano. Los meses de verano volaron hasta que juramos bandera. Entonces era cuando empezábamos a ver las notas y poder elegir destino en la medida de lo posible. Como comenté anteriormente tenía unas buenas notas, no era indisciplinado y muy maduro para mi edad. Entre sin más problema en el cuerpo. Fuimos destinados tras un pequeño permiso a nuestra unidad, donde según me dijo mi sargento instructor íbamos a vivir un auténtico infierno.

El día de la entrada en nuestro nuevo cuartel, fue más de lo mismo. Pero nuestra instrucción específica no fue un infierno, fue lo siguiente. Clases de submarinismo, supervivencia, salto en paracaídas, manejo de todo tipo de armas, al final de nuestro adiestramiento sólo quedábamos la mitad. Los mandos iban seleccionando a los más débiles y directamente los echaban del cuerpo. El último día de infierno, pudimos salir por primera vez de permiso, salimos un grupo de amigos a divertirnos un poco. Éramos jóvenes y la verdad es que como todo mi sueldo iba a mi madre, no tenía ni un duro con el que pagar las copas. Mis compañeros lo sabían, pero ellos se ofrecieron a invitarme a cenar con tal de que saliera del cuartel, ¡qué buena gente! El resto, pues durante los diez años siguientes, maniobras, guerra en Yugoslavia y estudios. Mis mandos alucinaban conmigo, siempre me ponían de ejemplo y de hecho me invitaron a ir por las escuelas a dar charlas de reclutamiento. Pero eso no me gustaba, me gustaba la acción.

Terminé mi carrera de periodismo no en cinco años como le prometí a mi madre, lo hice en seis años. Pero porque estuve un par de años guerreando. Me gustaba el ejército, disfrutaba, pero un día en Bosnia, teníamos una misión de reconocimiento, un teniente recién salido de la academia muy capullo, nos mandó reconocer una zona plagada de paramilitares. Fue meternos en el ojo del huracán. Allí íbamos, nosotros ya veteranos cagándonos en la madre del teniente, mi sargento, mis compañeros de patrulla. Como veteranos que éramos fuimos realmente cautelosos, pillamos a un destacamento de paramilitares. En él, había más de cincuenta personas apresadas, sabíamos que iban a violar a las mujeres y luego fusilarlos a todos, por ello decidimos entrar en acción, nuestras conciencias no nos dejaría en paz de no hacerlo. Estaban abusando de una pobre chica que no tendría más de quince años, decidimos pedir apoyo. Pero cuando vimos que iban a fusilarla

decidimos pasar a la acción. Con una intervención rápida pudimos entrar en el campamento y desarmar a todos sus componentes, llevándonos alguno por delante. El problema es que pudieron dar la voz de alarma a otras unidades cercanas y fuimos rodeados por fuego de mortero, estuvimos defendiendo a la gente inocente que había cautiva en el campamento. Un par de compañeros fueron heridos de gravedad, a mí me hirieron en el brazo, pero no fue nada grave. Al final llegó la ayuda y los paramilitares huyeron. El problema es que la ayuda tardó por culpa del capullo del teniente que no quiso mandarla por entender que estábamos exagerando.

Al volver al cuartel, nos recibieron como héroes, pero presentamos una queja del teniente por demorar la ayuda. Pero la cosa no llegó a menores un arresto y poco más. Se nos condecoró y a mí me mandaron para casa. Durante la convalecencia me llamó el redactor jefe de uno de los periódicos más importantes a nivel nacional, era Augusto. En la llamada me dijo que estaría interesado en conocerme. Como estaba de baja y no tenía nada mejor que hacer, quedé con él en la redacción del periódico.

Al día siguiente estaba tomando café con Augusto en lo que me sigue pareciendo algo místico, la redacción de un periódico. Sin más preámbulos, mi amigo me dijo:

—He leído tu historial, no eres un miembro de las COE muy al uso. Cabo Primero, pero has rehusado entrar en la escuela de suboficiales. Eres licenciado en periodismo, por la UNED (Universidad a distancia), además con unas notas buenísimas. Hablas inglés fluido. Es alucinante. Huérfano de padre, estás manteniendo a una madre viuda y has ayudado a tu hermano a que saque la carrera de derecho y gane una oposición de técnico de la comunidad autónoma de la que procedes.

—Gracias, pero ¿cómo sabe usted todo esto?

—Bueno, soy periodista... tengo mis fuentes, eso lo deberías saber cómo colega.

—Ahora sólo soy soldado, aunque tenga la carrera de periodismo, sólo he escrito algún artículo en la revista de las fuerzas armadas y poco más.

—Bueno, la pregunta es... ¿qué piensas hacer?

—Pues... no sé todavía, tengo veintisiete años... me gustaría dejar el ejército y dedicarme al periodismo.

—Por eso te he llamado, necesito un periodista de investigación, el problema es que no puedo permitirme pagar uno.

—¿Entonces?

—Bueno... te puedo contratar como Free —Lance... te pago una cantidad por artículo.

—Pero no tengo experiencia. —Dije yo.

—Si la tienes... tienes más experiencia que muchos, has estado en la guerra, eso es una experiencia que marca para toda la vida.

—Experiencia como periodista ninguna, como soldado sí.

—Mira, te prometo que voy a dedicarte tiempo, no voy a pagarte mucho por artículo, pero a cambio te iré puliendo defectos y enseñando cosas de la profesión. ¿Aceptas? —me dijo mientras me extendía la mano como el que quiere cerrar un trato.

—Acepto... —le dije estrechando su mano, mientras pensaba que era justo lo que estaba buscando.

—¿Vives en Madrid?

—No, pero puedo venir a vivir aquí.

—Pero si no tienes pasta, va a ser difícil.

—Bueno, la semana voy a cobrar el seguro de accidentes del ejército y tengo algún dinero ahorrado.

—Vale, mira dentro de quince días te quiero aquí con ideas nuevas para investigar. Mientras llamaré a un amigo que es anunciante a ver si encuentra algún piso para alquilar.

—En quince días nos vemos. Gracias Augusto, no te decepcionaré.

Al terminar la reunión, me volví a mi cuartel hablé con mis superiores y presenté mi renuncia. Ellos me despidieron con mucho afecto, sabían que había sido un soldado ejemplar y me desearon la mejor de las suertes. Además, mi capitán, aceleró los trámites para que pudiera cobrar el seguro y las pagas por estancia en zona de conflicto.

Cuando liquidé con el ejército, también tuve que lidiar con mi madre. Ahora era el turno de mi hermano que podría ayudarla en el tema económico. Además, ya cobraba la pensión gracias a un cambio en la legislación. Ella como buena madre, por un lado, veía bien que dejara las armas y más después del balazo en el brazo. Pero irse de autónomo como ella decía era otra cosa. Le tuve que mentir diciendo que sólo era temporal. Aun cuando nos vemos, siempre me dice que debería buscarme alguna seguridad. Mi hermano me apoyó en mi decisión, siempre hemos tenido una relación excelente. Además, me hizo un regalo chulísimo, un coche como gratitud por los sacrificios que había tenido que hacer por él y por nuestra madre. Entendéis ahora porqué le tengo tanto cariño a mi fiel mini.

No sé el motivo, pero me vino a la cabeza María, mi compañera de armas y de sábanas. Ella fue la que me desvirgó, ella me explicó los secretos más íntimos del placer de la anatomía femenina. Cuando yo le preguntaba por qué tal o cual postura, ella siempre me contestaba con una sonrisa, “tengo una misión, es que inútiles sexuales como tú aprendan a complacer una mujer, indudablemente tú eres mi mejor alumno”. Recuerdo el primer día que me llevo a la cama en una pensión de mala muerte. Fue un auténtico desastre, me corrí nada más tocarme la polla con las manos. Ella fue muy dulce conmigo, me limpió con su lengua y levantarme mi polla con una maestría que nunca he vuelto a sentir en la vida, para luego llevarme a la cama y enseñarme los secretos del cunilingüis, lamer de arriba abajo, despacito acercándose al clítoris, pero sin jugar con él, unas veces penetra con tu lengua y otras simplemente juega con los labios. Me enseñó a marcar los ritmos durante la penetración, unas veces más lento y otras más rápida, a intuir todas y cada una de las posturas favoritas de cada amante y como debía meterla por el culo, lubricación, dilatación y penetración. María murió en un accidente de circulación, provocado por una ingesta excesiva de alcohol combinada con una velocidad excesiva de su Honda CBR 600. A veces la noto cerca, como la noche anterior, siempre creo que es ella la que me empuja a hacer lo que hice la noche anterior en el coche.

Estaba ensimismado con estos y otros recuerdos, mientras ojeaba fotografías de mi época militar, ¡Joder, soy gilipollas!, claro... hostia... Había encontrado el tatuaje.

Lo era, estaba seguro. Coño, ¡cómo cojones se me había olvidado!, los SG... los mercenarios australianos. ¿Cómo los podría haber olvidado a esa cuadrilla de capullos? Recuerdo que algunos eran buena gente, soldados de élite, pero la mayoría eran auténticos monstruos. Una vez tuve un enfrentamiento verbal con uno de ellos por ametrallar a una ambulancia que recogía heridos. Nos liamos a hostias, pero bien fuerte, al final nos separaron los compañeros, yo fui amonestado por mi superior, mientras que me felicitaba con la boca pequeña. Recuerdo bien el tatuaje una calavera con una boina y dos rifles ACR austriacos como tibias. Era algo exclusivo, que muy poca gente conoce. ¿Cómo puedes ser que un torero acabara con un tatuaje de mercenarios?, acababa de encajar otra pieza, pero el puto puzle era de lo más enrevesado, en la autopsia decía que el cuerpo tenía cicatrices antiguas, que un principio el forense no le prestó más atención por haber sido torero, pero un orificio así me sonaba demasiado. Quizá porque yo tenía otro parecido en mi brazo izquierdo.

—Necesitaba información y sabía quién me la podía proporcionar. Jacinto Molina, para los amigos el hombre lobo, por su cantidad ingente de vello corporal y porque su nombre era igual que del gran Paul Naschy, un gran amigo mío compañero de armas especialista en comunicaciones, con el que serví varios años incluyendo unas “vacaciones” en Bosnia. Ahora era miembro del CNI (N.A. Centro Nacional de Inteligencia, vamos los espías españoles, para que nos entendamos), él podría informarme, estaba seguro. Decidí que debería probar suerte y llamarle, a esta hora estaría comiendo.

—¿Jacinto?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Montoya, ya no reconoces la voz de un antiguo amigo.

—Joder Paco, ¡Qué alegría!... Sí, no creas que no, ahora que eres un famoso periodista, no te juntas con los antiguos colegas de armas. —Me dijo mi colega imitando voz afligida.

—Siempre ha sido como las madres, recriminando el poco caso que les haces.

—¿Estás comiendo donde sueles hacerlo?, le dije yo.

—Sí, acabo de sentarme aún no he pedido y estoy solo, si quieres.

—Sí ya lo veo, sigues follando menos que el caballo de la Pegaso, dije yo a su espalda.

—Joder que alegría... dijo Jacinto, levantándose para darme un abrazo.

—Te veo bien, Jacinto... sigues haciendo kick boxing

—Claro que sí, eso me hace descargar la adrenalina que acumulo en este trabajo. ¿Qué te trae por aquí?

—Sigues siendo tan directo como siempre.

—Bueno, sé que no te presentas, así como el que no quiere la cosa, sólo para comer con un antiguo compañero de armas.

—Sí, es cierto...no puedo engañarte. Necesito que me orientes.

—Bueno, sabes que hay información que no puedo darte, tendría que matarte.

—Tus ganas chaval. —Mientras nos reíamos con estruendosas carcajadas.

—Bueno, dime que necesitas y veré lo que puedo hacer, vienes a hablar de toros, ¿no?

—Más o menos. —Le contesté.

—Ahora no, esta noche pásate por esta dirección, ahí podremos seguir con esta conversación.

—Me dijo mi colega de armas mientras me deslizaba una dirección escrita en un papel.

—Hasta la noche.

Terminamos de comer entre risas y recordando anécdotas, fueron dos horas deliciosas, con un auténtico amigo. Al subirme al Mini, mi cabeza echaba humo. No sabía en lo que andaba mi víctima, pero era realmente gordo, sobre todo si el CNI estaba detrás. Iba absorto en mis pensamientos cuando noté que me iba siguiendo un coche. Yo actué como si nada y enfrasqué a mis perseguidores en un callejeo por el casco antiguo de Madrid, callejuelas por las que sólo una moto o un coche de reducidas dimensiones como el mío podía ir y venir, al final la suerte estuvo de mi lado, un furgón de reparto ocupaba el sitio justo para que pudiera pasar una berlina como la que me seguía, así conseguí despistarles. Luego, paré en una tienda de telefonía y compré un móvil de usar y tirar. Desconecté la batería del mío para que no pudieran rastrearne y dejé el coche en un parking de una gran superficie. Cogí un autobús, luego subí al metro y así hasta cuatro veces una vez me cercioré de que no me seguía nadie, llamé a Mónica la secretaria de Augusto. Necesitaba una información que sabía que su jefe tenía a mí disposición, así que quedé con ella en una habitación de un hotel donde sabía que no pedían el carnet de identidad para registrarme. Había comprado un pack de higiene, ropa interior limpia y un par de camisas para aguantar un par de días y cerciorarme de que no me seguían. Estaba duchándome cuando sonó la puerta, salí

liándome una toalla a la cintura y al mirar por la mirilla vi que era ella.

—Pasa...dije yo mirando mientras tiraba de ella.

—¿Qué pasa Montoya?, dijo ella seria.

—Nada, sólo que estoy paranoico, ¿me has traído lo que te pedí?

—Aquí lo tienes.

—Gracias guapa... siéntate mientras me visto.

Estaba desnudo en el cuarto de baño cuando noté que una mano me tocaba el culo, me di la vuelta y era Mónica con una sonrisa pícara.

—Vaya armatoste que te gastas, pirata.

—Mónica...

—Ni Mónica ni hostias... .la de pajas que me he hecho pensando en ti, me dijo mientras me agarraba de la polla para metérsela en la boca.

—No lo hagas... aaaggggg

—Calla, canalla, o es que prefieres a jovencitas como la taurina.

—Noooo estaaaaaaaaa biiiiiennnnnnn.

—Sí que lo está... unnnn, mmmuuuuuuuuuu, por lo menos a mí me sabe bien.

Bueno, necesitaba descargar tensión así que agarré a mi inesperada amante y la llevé a la cama, donde la desnudé, era una mujer de romper y rasga... lo que más me sorprendió fue su ropa interior... extremadamente sexy, parecía como si se hubiese preparado para ocasión. No creo que nadie lleve un body tan sensual para ir a trabajar. Le quité el tanga de seda y le bajé las copas del sujetador para no perder el tiempo en desnudar a mi amante. Tenía un coño enorme, rasurado, con unos labios superlativos y un clítoris de tamaño king size. Me gustaba comer coños, pero esto era un festín en toda regla, un atracón de lujuria que no pensaba compartir con nadie. Por fin, tenía a mi merced a la mujer que más cachondo me ha puesto en los últimos años, pero por ser tan formalito nunca me había atrevido a realizar mi sueño, aunque pude observar que era más sencillo de lo que parecía, ella estaba tan cachonda perdida que nada más tocarla tuvo un orgasmo. Mi lengua correteaba por los pliegues de sus labios inferiores y la follaba con mi apéndice bucal, mientras ella me agarraba fuertemente del pelo para evitar que saliera corriendo. Su olor era fuerte e intenso, pero siempre me ha parecido muy afrodisiaco y ha disparado mis más bajos instintos, recuerdo haber tenido experiencias sexuales con compañeras después de haber estado sin ducharnos durante varios días y nunca me ha importado comérselo.

Después de jugar un ratito, la tenía totalmente rendida a mi merced, con todo abierto para mí solo. Ella tumbada sobre su espalda, yo de rodillas enfrente jugando a rozar su abertura con la punta de mi inseparable amigo. Es un juego divertido donde ambas partes disfrutan, te hace creer que eres el dueño de la situación, es mentira, siempre mandan ellas. Al final acabas entrando del todo, culeando como un descosido, hasta que ella decide que cambies de postura, cosa que viene bien para poder alargar tu aguante. Entonces ella te domina porque te monta como una amazona experta, pero es una gozada porque puedes jugar con sus pechos enormes, que están en plena forma pese a los años. Para mi sorpresa, al tiempo que se mueve contrae los músculos de su vagina para incrementar tu placer. Succiona mi polla como si quisiera tragarme entero. No aguanto más, me voy el camino de no retorno llega a su fin, haciendo de mi rabo un surtidor con vida propia, que inunda la estancia húmeda de su coño.

Los dos nos abrazamos entre jadeos, noto como mi cosa va haciéndose más pequeña dentro de ella, pero veo en su cara una sonrisa picarona de satisfacción. Los dos hemos cumplido un sueño. Estamos así un rato hasta que ella como buena secretaria que es me dice.

—¿Tú no te tenías que hacer algo?

—Sí, tengo que echar un vistazo a la documentación que te he pedido, pero se está tan a gusto así.

—De eso nada... a currar. —Me dice mientras se despega de mí para dirigirse a la ducha.

—Podríamos ducharnos juntos, le digo con una sonrisa bobalicona.

—No, que me jodes el pelo y he ido esta tarde a la pelu.

—Joder...joder... joder. —Estaba claro, la muy golfa lo había preparado todo.

—Anda, ponte con lo tuyo mientras me ducho que te prometo que habrá más veces, has cumplido con nota. Me dice mientras me da un beso.

Mónica lleva razón, falta menos de una hora para mi reunión con el hombre lobo y tengo que echar un vistazo a la documentación que me ha traído. En ella observo que la documentación sigue siendo incompleta, tengo que encontrar la llave para completar el puzle, esto es de vital importancia y la clave me la tiene que dar Jacinto, estaba tan absorto en mis cavilaciones que no me di cuenta de que mi amante estaba ya vestida completamente. Ella me dio un beso en la mejilla y con una sonrisa en la boca me dijo:

—Adiós, tigre.

—Adiós, mi diosa. —Le contesté, mientras le daba un azote cariñoso.

La acompañe hasta la puerta, no pude reprimir mirarle ese espléndido culo que la naturaleza le había concedido, me fui al baño y di una ducha rápida, para salir un poco arreglado a la cita que tenía pendiente.

CAPÍTULO 3

Llegué al sitio donde Jacinto me había indicado, era una taberna típica del casco antiguo, él estaba en la barra, pero con un gesto rápido y disimulado me hizo saber que no me acercara. Yo pedí una caña con una ración de bravas y me fui al servicio. Al cabo de un rato salí y entró él, en el servicio le escribí mi nuevo teléfono en una nota escrita en la puerta del retrete. En la que rezaba “hombre lobo 629 ** ** **”. Me tomé la caña leyendo el Marca disimuladamente, para que en el lapso de media hora salir del local y esperar la llamada de mi colega. Tuve que esperar más de cuarenta minutos. Hasta que por fin sonó, en el me dio una dirección nueva. Para acceder al sitio en cuestión, tomé las precauciones habituales, cambiando hasta cinco veces de medio de transporte. Al final, cuando me aseguré que nadie me seguía, tomé un taxi hasta el sitio indicado. Estuve más de una hora dando vueltas por la ciudad.

Durante ese tiempo recordé, no sé bien por qué, pero me vino a la cabeza la toma en julio del 99 de la isla Perejil, fue mi penúltima operación especial. Recuerdo los nervios en el helicóptero, cómo se movía por culpa del viento, los nervios míos y del resto del equipo. Estuvimos preparados para intervenir varios días, de hecho, nos bajamos dos veces del helicóptero. Al final nos descolgamos con cuerdas desde el aparato y tomamos la isla sin dar un tiro. El momento de poner la bandera en el islote lo recuerdo con emoción. No sé por qué lo recuerdo ahora, esos nervios me recordaban a los que siento ahora.

Al final llegué al destino, vigilando con la cautela necesaria para asegurarme que nadie me seguía. El sitio donde habíamos quedado era un puticlub, el sitio era muy discreto nada de neones ni cosas estridentes, una placa en la entrada indicando el nombre del local y un gorila enorme en la puerta, con un simple gesto de Jacinto, este nos dio la una cordial bienvenida, se notaba que era un habitual del local. Una vez dentro, con cara divertida me dijo:

—Espera en la barra, mientras yo lo arreglo todo.

—Vale. —Le dije yo, mientras yo me tomaba una copa alucinando en colores.

—Bueno, ya está subamos a una habitación. Me dijo él con dos tías impresionantes en cada lado.

—Te equivocas... yo no he venido a echar un polvo y menos pagando.

—No seas gilipollas y sube.

—Bueno, pero que sepas...

—Sube y calla... yo invito. —Dijo el tajantemente.

La habitación era una suite, con bañera de hidromasaje y una cama redonda muy chula todo ello con un espejo enorme en el techo. Alucinando en colores, veo como Jacinto ya está desnudo y su fulana comiéndole la polla, sin la parte de arriba. Me fijó en las tetas y son perfectas, vamos perfectamente operadas. Mientras vuelvo a mi realidad, veo que la chica que me había asignado mi colega está en tanga bajándome la bragueta y metiéndose mi polla en la boca, mientras ella hace yo me quitado la camisa y he desabrochado mis pantalones que han caído a los tobillos, hay algo raro pero no hago caso, al igual que la lumi de Jacinto, ella tiene unas tetas bien operadas, pero da igual, es una gran mamadora. Estoy a gusto, por lo que la levanto, me quito todo resto de ropa y la llevo a la cama. Estoy preparado, por lo que me pone el condón con suma maestría utilizando su boca lo desliza por todo mi pene. Estoy preparado, pero la sorpresa es mayúscula cuando veo que ella al quitarse el tanga no es ella, ¡Es él, y tiene un rabo más grande que el mío!,

por ahí no paso, no me voy a meter eso por el culo, entonces veo a mi amigo que no es una broma de él, ¡está enculando a su propio travelo!, mientras con la otra mano le hace una paja. El muy mamón tenía una cara de gusto que hizo que me empezara a partir de la risa, si no fuera por la tensión acumulada de estos dos últimos días la escena era realmente cómica, mi amigo lleno de vello corporal como un hombre lobo enculando a una T —Lady brasileña, me acordé de la canción de Sabina que decía “desde que te pintas la boca en vez de Don Juan, te llamamos Juana la loca”. Con el estallido de carcajadas, mi amante que seguía comiéndome la polla con el condón, se le contagió la risa. Estábamos los dos tumbados sobre la cama descojonados, y nunca mejor dicho, hasta que Jacinto nos dijo:

—¡Joder!, parad de reiros que así no hay quien se concentre.

—¡Eso, dejad de reiros cabrones! —Dijo su compañera mientras era enculada

Joder, a la protesta del amante de mi amigo hizo que me descojonara más y mi compañero de risas también se partía más de risa, no lo podía evitar. La situación era de lo más cómica, para colmo de males Jacinto se puso debajo del travestí y ella empezó a botar sobre mi amigo, haciendo que su polla botara arriba y abajo al unísono con sus tetas siliconada. No podía más, me seguía partiendo el culo de la risa, sobre todo por los bufidos cómicos que encima emitía el hombre lobo. Entonces mi amigo se corrió y yo con las risas la cosa se me vino abajo. Mi colega con un cabreo monumental dijo:

—¡A tomar por culo!, ya no sigo...

—Y nunca mejor dicho. —Dije yo entre risas.

—No me vas a encular, dijo mi acompañante...

—No, cielo. Por hoy ya he tenido bastante, pero te prometo que a lo mejor te llamo, es que ya he venido follado de antes.

—Tú te lo pierdes, no hay mujer que me supere follando.

—Bueno, eso lo veremos otro día cariño. —Le decía mientras le daba un beso en la mejilla.

Nos despedimos de ellas, mientras mi amigo le decía a una de ellas que llamara a Pipo, el dueño del local. Estaba ya vestido y aseado de nuevo cuando el jefe llegó a nuestra habitación. Era un matón gordo, enorme coronado con más cadenas encima que el negro del equipo A. Jacinto nos presentó y dijo con una sonrisa en la boca.

—Pipo, tienes que dejarnos tu sala de timbas.

—Eso está hecho, pero no os demoréis mucho, que luego tengo una reunión a las tres de la mañana con unos amigos. —Dijo el proxeneta, con un acento cubano muy sonoro.

—Muy bien, son las diez, nos da tiempo de sobra, otra cosa... nos podías llevar unos bocadillos y unas cervezas, es que no hemos cenado todavía y yo después de follar siempre me entra hambre.

—Esto está hecho... mando a uno de mis chicos a un bar de aquí cerca y os los traen en un momento. —Dijo el tal Pipo, con ganas de agradar.

No, tardamos mucho en tener una tortilla de patatas unos bocadillos de jamón y unos botellines de cerveza en la sala privada del local. Una vez devoramos todo lo que habían traído, y con una copa de whisky de malta cada uno, el hombre lobo se sinceró diciéndome:

—El torero trabajaba para nosotros.

—¿Queeeé?

—Lo que oyes. —Dijo mi colega con cara triste. Estábamos detrás de algo muy gordo, pero se ha jodido todo. Quítate de en medio, por tu bien, es algo muy chungo.

—No puedes decirme esto y quedarte tan tranquilo. —Le contesté.

—Hazme caso Montoya, es un tema sucio, necesitábamos a alguien sin miedo a nada, la única

persona que daba el perfil era el cabrón del torero.

—¿Cómo lo reclutasteis?

—Esto es difícil de contar, pero el maestro y yo... éramos amigos de la infancia, nos criamos juntos en el hospicio, yo salí militar y el torero, creo que somos los dos únicos hombres de provecho que han salido de ese orfanato.

—¿Os criasteis juntos?

—Más que eso, éramos como hermanos, de hecho, yo le metí en este fregado, no quería, pero él insistió, no tenía nada mejor que hacer me repetía. Al final cedí, estoy realmente jodido, ha sido lo único parecido a una familia que he tenido y mira cómo se lo he agradecido. —Decía Jacinto entre lágrimas.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado en la operación?

—Ha estado trabajando para nosotros cerca de cinco años.

—No puede ser, eso no hay quien lo aguante sin estallar.

—Julio era una máquina, frío, metódico y calculador. Yo lo sabía, lo conozco mejor que nadie.

—Igual que cuando estaba delante del toro. —Dije yo en tono seco

—Tú lo has dicho igual... a veces, el que daba miedo era él. Pero yo le conocía mejor que nadie, era mi hermano y nos ayudó mucho y tenemos que encontrar a quién lo hizo. De hecho, he pedido infiltrarme yo, pero no puedo hacerlo... necesito tu ayuda, sólo me fio de ti. —Me dijo el espía.

—Me encantaría, pero estos tíos son buenos, no veas lo que me ha costado despistarles esta tarde.

—¿Despistarles? ¿a quién? Jajajaja

—¿Te parece divertido?

—Sí, mucho... los que te seguían esta tarde son agentes de la casa en prácticas, los he mandando como ejercicio, por cierto, han suspendido el ejercicio por perderte, vete a tú casa sin problemas.

—¡Cabrón!, me he tirado la tarde en un hotel.

—Bueno, al menos alégrate que éramos los buenos.

—Sí claro... mira, me voy a dormir necesito tener la mente clara para saber si decido ayudarte o no.

—Sí, claro... de momento el primer examen lo has pasado con nota. Piensa que esta puede ser la historia de tu vida.

—Vale, vámonos...Pipo necesitará la sala de un momento a otro.

Me fui en un taxi al hotel, allí intenté dormir y descansar, pero no podía más que darle vueltas al ofrecimiento de mi amigo. Era una aventura en toda regla, tenía todos los ingredientes, pero volver a las armas... no me gustaba nada. La tensión de verme observado, alejarme otra vez de los míos, era algo que no me atraía nada. Yo tenía un prestigio profesional, pero, por otro lado, estaba la aventura y el peligro que a veces añoraba.

Al final me quedé dormido profundamente, desperté sobre las nueve de la mañana. Más que nada porque mi cuerpo me estaba pidiendo salir a correr a gritos. Así que recogí mis cosas, pagué la habitación, pedí un taxi hasta el centro comercial donde había aparcado el coche y me fui para casa, conecté la batería del móvil y vino un caos de llamadas perdidas impresionantes. Tuve que dedicar cerca de tres horas en escuchar y devolver mensajes, una vez solucionado esto salí a dar una vuelta de diez kilómetros corriendo por un parque cercano, necesitaba tener la mente clara y para ello nada mejor que una buena carrera llevando hasta los límites de lo meramente soportable mi cuerpo, eso unido a la tensión acumulada de estos días hizo que terminara vomitando hasta la

primera papilla y con una bajada de tensión tremenda. Llegué a casa temblando, me duché y me quedé dormido profundamente, ahora sí. Después de la pequeña siesta comí un bocadillo de chorizo y un par de botellines de cerveza, para seguir pensando en el ofrecimiento. Estaba en calzoncillos y con los pies sobre la mesa pensando en todo lo que había pasado en los últimos días, la verdad es que los pensamientos se acumulaban en mi cabeza y esta bullía como una olla exprés.

Decidí encender la televisión para ver si podía relajarme a base de ver algún programa sin sustancia alguna o bien una buena comedia, empecé a pasar canales, pero sólo había programas del corazón, que por cierto aborrezco profundamente, no entiendo que alguien pueda vivir contando las miserias de gente sin oficio ni beneficio. Pero entonces mi corazón se puso a tope cuando vi que en uno de ellos apareció una cara conocida... joder, hostia, coño... ¿cómo he podido ser tan gilipollas?, me ha utilizado la muy perra hija de puta. Sí, efectivamente, era Lucía. Como he podido ser tan gilipollas, en el programa ella daba una detenida información sobre el torero fallecido, pero estallé definitivamente, cuando comentó los datos de la autopsia. ¿Cómo me ha podido vender?, sabía que era ambiciosa, pero nunca imagine su falta de escrúpulos. Además, vertía una serie de mentiras, como que había tenido una relación sentimental con él, joder me había dado bien por culo. En esto sonó mi teléfono era mi amigo el policía, ni que decir tiene que estaba más enfadado que yo, estaba realmente encabronado.

—Joder Montoya, ¿esta era tu amiga?

—Lo siento Sánchez, nos ha vendido a los dos, ya me conoces.

—Sí, pero a ver que le cuento yo a mis jefes cuando me llamen al orden. —Dijo el policía bastante jodido.

—No sé qué decirte, ahora mismo estoy hecho polvo.

—Esto me cuesta la carrera, no cuentes conmigo en la puta vida, ¿te queda claro?

—Sánchez, por favor escúchame, a mí también me ha engañado.

—¡Los cojones!, ¿cuánto os van a pagar por la exclusiva?, lo sabía... sabía que no podía confiar en ninguna plumilla y menos en esta cabrona, pero claro te ponen unas tetas bien puestas delante y tú gilipollas caes como un mamón.

—Te juro por lo que quieras que yo no he tenido nada que ver en esto.

—Mira, tío... no quiero saber nada más, me habéis jodido bien... so cabrón que tengo dos hijos, a ver cómo los alimento cuando me echen del cuerpo.

—No creo que sea para tanto...

—Queeeeé, ¿es que no sabes que hay un secreto de sumario? Y la investigación la lleva el juez Pérez que es un cabrón que no pasa ni una. Estoy jodido, bien jodido... Adiós y olvida que existo.

Colgó dejándome con la palabra en la boca, yo cogí lo primero que vi en el armario y me fui a esperarle en la puerta de la cadena de televisión, tuve que esperar cerca de una hora hasta que la vi pasar. Tan sonriente con sus nuevos amigos, salí del coche y le invité a subir con mi peor cara, ella accedió a mi invitación y cuando subimos al coche conduje sin decir ni mu hasta un área de descanso, entonces estallé.

—¿Cómo cojones me has podido hacer esto?

—Por dinero, claro está...

—Eso tiene un nombre, ¡eres una hija de puta!

—Mira tío, me han ofrecido un contrato por dos años con la cadena, con lo que gane si lo nuevo bien, me voy a poder quitar la hipoteca de encima y vivir como una reina, a lo mejor hasta me dan un programa para mí.

—Mira, no es cuestión ya de dinero sino de dignidad, a mí me has jodido, pero ha Sánchez lo

has partido en dos, esto es una putada en toda regla, ¿es que no sabes lo que es la ética?

—Mira quien habló, el que se dedica a sacar las vergüenzas ajenas.

—Mira tía... mi trabajo consiste en sacar a la luz a delitos cometidos por gentuza como tú, te juro que esto no va a quedar así, sal de mi coche...

—Estamos en mitad de ninguna parte...

—¡que salgas!

—Pero no puedo, no sé ni donde estamos.

—Pues te jodes y te juro que voy hacer lo imposible para que despidan del periódico.

—¿Eso crees? —Dijo ella muy segura de sí misma.

—No sé si el capullo de Augusto te va a despedir o no, pero te garantizo que voy a hacer lo imposible para conseguirlo. Y ahora sal mientras le tiraba cincuenta euros a la cara.

—¿Y el dinero? —Me preguntó totalmente descolocada.

—Lo que te debo por el polvo del otro día, nunca me he follado a una puta gratis y tú no vas a ser la excepción.

Ella salió dando un portazo, yo salí de allí quemando rueda, tampoco creo que se complicara mucho la vida, al final llamaría a algún taxi a que la recogiera. Yendo de camino, marqué un teléfono de mi agenda, era el del juez Pérez, me debía un favor... hace unos años en una investigación sobre los locales de intercambio de parejas me lo encontré y me pidió que no dijera nada para no joder su carrera, cómo tampoco era cuestión de joder a la gente y tampoco era nada ilegal. Cumplí con mi promesa, tenía que pedirle que me devolviera el favor así que le llamé.

—Buenos días...soy Montoya.

—¿Qué tal estás hombre?

—Bien gracias, necesito pedirte un favor.

—Estaré en el juzgado hasta la noche, si quieres ven a verme y hablamos.

—Gracias

Me dirigí al juzgado donde me esperaba el juez de instrucción, entré en su despacho y me invitó a pasar. Después de los saludos de rigor, decidí que tenía que ir al grano.

—Señoría, necesito que me haga un favor muy grande.

—Bueno, no será para tanto.

—Sí, sí que lo es. —Le aseveré

—Bueno, dime que es lo que necesitas.

—La culpa de lo que ha pasado con la filtración de la autopsia del Julio Díaz, la tengo yo. Por favor no sancione a Sánchez, él es un buen policía no sería justo.

—Lo que me pides es algo un poco duro, tengo una reunión con él mañana, de hecho, estoy preparando la solicitud de sanción y...

—Mire usted, hace unos años me pidió un favor digamos que especial, yo he cumplido mi promesa, los dos sabíamos que estaban a punto de nombrarle decano, si la información hubiese salido a la luz se hubiese tenido que retirar en un juzgado de provincias entre la sorna de la judicatura.

—Me estás chantajeando.

—No, simplemente le estoy pidiendo que me devuelva el favor que me debe.

—Ya entiendo, ¿qué quieres que haga? —Me preguntó con cara de pocos amigos.

—Bueno es sencillo, déjelo en una reprimenda, yo le prometo que tendrá acceso directo a toda la investigación que voy a llevar a cabo con el tema de la muerte del torero, le garantizo que si sale a la luz le va llevar directamente al estrellato.

—¿Tan gordo es? —Me preguntó el juez.

—Más de lo que se imagina, cumpla su palabra y yo le doy la mía de que será el primero en enterarse de todo.

—Vale, conforme... te doy mi palabra que Sánchez no va a ser sancionado por nadie.

—Gracias señorita, ahora tengo que dejarle, la información puede que me lleve un tiempo... meses, puede que años. Pero le juro por mi madre, que cuando tenga algo importante y real usted será el primero en poder ir con la policía a detener a la gentuza que lo mató y si mis sospechas se cumplen, tendrán un plus añadido. ¿Hacemos trato? —Le dije extendiéndole la mano.

—Trato hecho. —Me dijo mientras me la estrechaba.

—Bueno, ahora le dejo que estará muy ocupado.

—Montoya, ha sido un placer.

Abandoné su despacho y una vez en el coche, llamé a Jacinto para decirle que contara conmigo para unirme a él en su investigación, tenía que desentrañar todo lo que había provocado la muerte del célebre torero Julio Díaz.

CAPÍTULO 4

Las siguientes semanas fueron frenéticas, necesitaba prepararme un poco a fondo, porque si bien estaba muy en forma, no era menos cierto que necesitaba de cierto reciclaje en el manejo de armas, además de aprender a manejar los sistemas de mensajes y encriptación para no ser localizado. Dicho entrenamiento lo realizamos en una base de entrenamiento que dispone la “casa” en una zona poco habitada de nuestro país. Ahora estaba montado en el avión rumbo a Salzburgo para una entrevista de “trabajo” con el reclutador de la empresa de mercenarios. Os estaréis preguntando ¿cómo coño no me van a reconocer?, bueno es sencillo, nunca muestro mi cara real en las entrevistas, además me gusta mucho jugar con mi imagen, a veces me afeito la cabeza, otras veces me dejo melena o simplemente me pongo barba o perilla. No tengo ningún tatuaje, ni salvo la cicatriz de la pierna que sea característica, además no he salido más que un par de veces en la prensa y me he cuidado mucho de que me saquen de lo más normal.

De la falsificación de documentos y expedientes, se ha encargado el CNI, no creo que fueran tan tontos de encargárselo a un falsificador. Jacinto y yo quedamos por separado para evitar cualquier problema, nos la jugábamos desde el punto de vista que podía que nos enviaran a cada uno a una punta del globo distinta. Mi entrevistador era un alemán ya muy mayor con algún problema de obesidad y probablemente de alcoholismo, más que nada porque tenía el mapa de la rioja escrito en la cara, pero era un entrevistador muy hábil, si no hubiese estado preparando esta entrevista concienzudamente durante una semana, además de mi habilidad cogida durante los años de infiltración, creo que me hubiese cogido en más de un renuncio. Después de tres horas de entrevista, el señor Henning me dijo:

—¿Sabe?, es usted un buen candidato, ¿le importaría pasar las pruebas físicas y psíquicas, digamos ya mismo?

—No tengo inconveniente, pero mi avión de vuelta sale esta noche, si me quedo haciendo las pruebas, no llegaré a tiempo.

—Mire, andamos justos de personal, si entra, tendrá dinero de sobra para comprarse un avión para usted sólo, si no entra, mala suerte, usted decide soldado. —Me contestó el alemán.

—Por mí perfecto, ¿dónde tengo que pasar las pruebas?

—Bueno, el señor Fritz, le acompañará a las dependencias donde hacemos estas pruebas.

No os había comentado, pero el edificio donde estábamos estaba ubicado en una especie de zona industrial, nunca hubiese imaginado que lo que aparentemente era una nave industrial, dentro alojaba las oficinas centrales de una empresa de mercenarios internacionales. Pero entiendo que la discreción es importante en este negocio. Allí había oficinas con gente de varias nacionalidades, pero sobretodo había alemanes, ingleses, españoles y austriacos. Según fue contándome mi cicerone, tenían clientes de todo tipo, lo que más hacían eran labores de escolta, pero ahora con las guerras de Oriente Medio, los clientes eran las naciones que estaban en conflicto y eso les había hecho cambiar la visión de negocio.

Después de un pequeño paseo por varias dependencias, entramos en lo que era una pequeña enfermería con el material que se suelen encontrar para realizar pruebas de esfuerzo y demás analíticas. Fritz, me comento que me desnudara y me pusiera un pantalón corto que había sobre la camilla. Al cabo de un rato entro una rubia tipo walkiria ya entradita en años, me colocó un sinfín de cables por mi cuerpo y me montó en una bicicleta estática indicándome que pedaleara mientras

me ponían una careta para controlar la capacidad de mis pulmones. Después de haber corrido un rato en bicicleta siguiendo las indicaciones de la teutona, me senté en la camilla me sacó sangre, me inspeccionó la dentadura, la vista, el oído, para posteriormente meterme el dedo por el culo para un examen rectal de próstata. Una vez terminado, me vestí y me llevaron a una sala conjunta donde un señor con la pinta de loco me hizo una evaluación psicológica muy completa. Con innumerables preguntas, pruebas psicotécnicas, de coordinación y de memoria. Estas últimas eran un poco durillas, te ponían una imagen durante tres segundos y te hacía varias preguntas sobre la misma. Mi formación de periodista—boina verde hizo que se me diera bien.

Tras las pruebas físicas y psíquicas, el señor Frizt me llevó a la cafetería del recinto para tomar un ligero refrigerio. Enseguida me di cuenta que era el poli bueno de la película, se hizo el enrollado y me preguntó cosas sobre el ejército español, sobre dónde había servido, en que guerras, que había hecho durante los últimos años, yo le respondí que había montado una pequeña inmobiliaria pero que había quebrado debido a que no era muy bueno con los negocios. Luego se acercó a mí como sincerándose y me preguntó:

—¿Por qué te enrolas en una guerra que nos van a disparar, la gente te escupe y te tiran piedras?, yo también estuve en Bosnia... ..eso fue una excursión comparado con lo que vas a ver en Irak o Afganistán, aquí tendrás que trabajar durante cuarenta y ocho horas seguidas sometido a una tensión terrible, no eres bienvenido ni siquiera entre las personas para los que trabajamos, por no hablar por las tropas regulares... nos odian a muerte, aquí la sanción es el despido fulminante y te puedes enfrentar a la justicia local, no es agradable las cárceles de allá, si te pillan los insurgentes te darán un tiro en la nuca y punto.

—Mire Sr. Frizt, yo necesito el dinero debo mucha pasta y tengo que conseguir ganar lo suficiente para empezar de cero, además 10.000 euros al mes es mucho dinero, estoy desesperado... .. era esto o dedicarme llevar maletas llenas de droga desde Colombia.

—Pero del sueldo bruto tienes que descontar el armamento, el seguro de salud y el seguro de vida, al final te quedarán libres unos 8.000 euros. No es tanto, te lo aseguro. —Me rebatió.

—Bueno, es el clavo ardiendo al que me tengo que aferrar, si tengo suerte y aguanto los tres años de contrato, me puedo llevar a casa cerca de doscientos de los grandes, suficiente para pagar lo que debo y empezar de nuevo. —Le contesté.

—Te garantizo que no está pagado ni agradecido.

—Mire Sr. Frizt, sólo puedo decirle una cosa, el único periodo de mi vida dónde las cosas me han salido bien y he sido feliz ha sido como militar. Cometí el error de salir del ejército, ahora por edad no puedo volver este es mi último tren.

—Bien... ..ha dado una nota muy alta en todos los aspectos, no hay resto de droga en su organismo además de haber superado con nota sus pruebas psicológicas. Eres muy equilibrado... ..es más hacía tiempo que no nos entraba gente de tu nivel. Eso hace que seas un candidato genial y no como los descerebrados que nos vienen últimamente y nos están metiendo en constantes problemas. Como jefe de admisión permíteme darte la bienvenida a nuestra empresa. —Dijo él extendiéndome la mano.

—Gracias, Sr. Frizt... ..no sabe lo que significa para mí poder volver a la disciplina militar.

—Una cosa más... ..deja tu pasaporte en la entrada para que preparemos el visado para ir a Irak, vienes con mi contingente en dos semanas.

—Gracias señor así lo haré.

Frizt, me acompañó hasta la puerta y me despedí de él hasta dentro de dos semanas, que nos encontraríamos en este mismo edificio para ir al aeropuerto.

Mi despedida española fue de lo más rara, nada más llegar a mi casa recogí mi teléfono estaba

llo de mensajes de Augusto, así que decidí ir al periódico nada más terminara de ducharme, a esas horas aún estaba en la redacción ultimando detalles. Así que le llamé al móvil.

—Hola Augusto...

—Hola... Montoya, dónde cojones te has metido, has estado fuera demasiado tiempo, tengo que hablar contigo urgentemente. Ven al periódico.

—No, mejor te espero en el Restaurante de siempre a las nueve.

—Vale, no me vendrá mal estar hablando contigo tranquilamente.

Salí de casa con mi fiel mini no sin antes cerciorarme que nadie me seguía, me había vuelto un paranoico, pero no quería cagarla a última hora. Durante el trayecto hablé con mi hermano para decirle que no iba a estar disponible durante un tiempo, él sabía que lo que hacía era peligroso, pero ni por asomo le conté nada de lo que iba a hacer, sólo me dijo que tuviera cuidado. No obstante, quedé que con él que iría a pasar unos días con él y nuestra madre. La verdad es que solía ir a visitarla al pueblo como mínimo una vez al mes. Llegué al restaurante y el metre me dijo que Augusto me esperaba en un reservado. Cuando entré me encontré con una sorpresa desagradable, Lucía estaba con él, al parecer durante mi ausencia se había convertido en una tertuliana habitual de los programas del corazón. Había sacado una pasta con todos los programas en los que había estado.

—¿Qué hace ella aquí? —Dije mientras me daba la vuelta para marcharme.

—Espera, dijo Augusto...

—No me espero, le respondí, ella es una guarra sin principios, no quiero tenerla ni a cien metros de mí. —Le contesté mientras salía del local con Augusto detrás de mí.

—¿No lo entiendes verdad?

—No, no entiendo que hace esta puta con nosotros... yo quería hablar sólo contigo.

—Mira Montoya, estoy en una encrucijada, el periódico está mal económicamente y esta tía es la única que puede atraer lectores, por desgracia toda esta chusma es lo que vende, actualmente su columna en internet es la más leída del país.

—¡No sabes hasta dónde me ha jodido!... mira seré franco... me voy a Miami, he aceptado un trabajo de una agencia y estaré fuera mucho tiempo, sólo quería despedirme de ti, pero visto que te ha salido un grano el culo... mejor me marchó. Adiós Augusto.

—¡Espera!, no te vayas así joder.

—Llevas razón, no puedo enfadarme contigo, tú no tienes la culpa. Pero déjame que esta vez de yo el consejo, Lucía es como la muerte de la rana.

—¿Qué quieres decir?

—Si quieres matar a una rana con agua caliente, no la puedes tirar con el agua hirviendo por que salta y se escapa, la mejor manera es meterá en el agua e ir calentando el agua poco a poco la rana cada vez irá encontrándose mejor hasta que al final cuando se quiere dar cuenta está muerta. Tu eres la rana y ella maneja el hornillo. Esta mujer te complicará la vida, es extremadamente ambiciosa, te irá pidiendo más, pero su objetivo es ser la nueva estrella de la tele por lo que te dejará tirado y con tu gente de toda la vida en contra tuya como ya lo ha hecho conmigo.

Sin más nos fundimos en un abrazo y me largué de allí, me volví a casa. Con el arrebató decidí hacer la maleta e ir a pasar un par de días con mi madre y mi hermano al pueblo, por lo que me acosté para poder salir temprano. Decidí que iba a ir con mi joyita, mi viejo Volvo P—1800, era una tradición, aunque mi madre nunca entendía cómo no me compraba un coche nuevo. Era algo divertido ver su cara de extraña cuando me veía aparecer con el coche.

El viaje fue una liberación, necesitaba encontrarme con mi gente. Llegué tras cinco horas de viaje, en un coche normal serían cuatro, pero con mi joya no era cuestión de joder el motor por ir

dándole caña. Nada más llegar, mi madre corrió a colgarse de mi cuello y a comerme a besos, con las típicas frases, ¡qué guapo estas!, ¡estás muy delgado!, etc... Me instalé en mi habitación, duchándome y afeitándome, cuando salí mi madre me tenía preparado un pequeño refrigerio a base de jamón, tostadas de aceite con pan de pueblo bien rico y un buen tazón de café con leche. Estuvimos hablando durante toda la mañana, mi madre no sabía lo que iba a hacer, pero le explique que iba a trabajar para la televisión en Miami, ella se puso tan contenta porque por fin iba a tener un “trabajo fijo”, tal y como ella siempre había deseado. Luego pasamos al área sentimental, ella me preguntó si había alguien en mi vida, con cara divertida le contesté que sí... lo menos cuatro mujeres. Ella se enfadó, como siempre, recriminándome que lo que más quiere es tener nietos míos. Estábamos enfrascados en la conversación cuando sonó el timbre. Salí a abrir y me encontré con una sorpresa mayúscula, una chica preciosa de veinticinco años con unos shorts para sordomudos y un top de escándalo.

—Hola, ¿está María?, preguntó ella con cara extrañada.

—Sí... pasa... mamá te buscan.

—Hola, Gabi. Pasa hija pasa, mira este es mi hijo mayor Paco. —Dijo mi hija con cara divertida.

—Hola, encantada. —Contestó ella dándome un beso en cada mejilla.

—Igualmente. —Le respondí.

—¿No te acuerdas hijo?

—No, la verdad es que no...

—Hijo, es la hija pequeña de la vecina de Paquita...

—Jo, Mamá es que la última vez que la ví llevaba coletas.

—Claro, si vinieras a verme más a menudo la hubieses conocido, pero no te quedas ahí, ¿qué querías Gabi?

—No, que mi madre le dice que si le puedes prestar un par de huevos.

—Claro hija, claro. ¿acabas de llegar?

—Sí, María... llegué anoche de Londres, pasaré un par de días con mi madre.

—Sabes hijo, es modelo...

—A sí. —Le respondí.

—Bueno, aquí los tienes.

—Esto Paco... ¿el coche de fuera es tuyo?

—Sí...dije sonriente.

—Me podrías acercar al hiper —mercado para hacer la compra, el mío no arranca.

—Acabo de llegar... —Dije haciéndome un poco el remolón, pero es que me sabía mal salir nada más llegar.

—No hijo... me vendría bien que me hiciera compra a mí también, así mientras te preparo unas judías estofadas que tanto te gustan. —Dijo mi madre con una sonrisa maliciosa.

—Bueno, pues cuando quieras nos vamos.

—Pues espera que me ponga una camiseta y unos vaqueros y nos vamos.

Nos subimos en mi coche y ella, al igual que mi madre me dijo si no tenía un coche un poco más nuevo, yo me reí y le dije que sí, pero es que este era mi coche favorito de siempre. Durante el trayecto, le pregunté sobre su trabajo. Ella me contestó que lo de modelo fue algo accidental que era la manera de poder hacer lo que más le gustaba el arte, le encantaba pintar y allí podía compaginar sus estudios de arte con el modelaje. Tenía un sentido del humor muy ácido, casi mordaz, me fascinó por su conversación inteligente y fluida. Ella me preguntó sobre mis trabajos e investigaciones, parece ser que mi madre era mi mejor “relaciones públicas” en el pueblo. Me

comentó que le encantó el reportaje que había hecho sobre los políticos y la droga. Yo le dije que sentía no poder saber de su trabajo, no era muy dado a seguir las modas. Así pasamos el resto de la mañana entre risas y gracias pasándolo bien. Después de terminar las compras nos tomamos una caña y seguimos hablando. Yo estaba absorto, como alguien con una camiseta blanca de algodón y unos vaqueros y el pelo recogido en una coleta, sin maquillaje, podía ser tan guapa. Tenía una sonrisa que desprendía un halo especial. No era una tia buena, era una mujer guapa, además con una conversación inteligente.

Cuando llegamos a casa, me dio un beso en la mejilla y me dio las gracias diciéndome que hacía tiempo que no había estado con alguien tan agradable. Al llegar a casa mi hermano ya había llegado con su mujer y mi sobrino Paquito, nos abrazamos y nos sentamos a comer. La comida fue divertida, mi sobrinillo, menos mal que había pasado por el centro comercial y le había comprado algo si no el pobre... vaya padrino cutre que se había echado, pero estaba encantado con el equipo de espía que le había comprado. Una vez terminada la comida, mi hermano y yo nos fuimos al casino a charlar más tranquilamente...

—Bueno, hermano... dime ¿En qué andas metido ahora?

—A mamá le he dicho que me voy a Miami, pero a ti te tengo que decir que en dos semanas me voy a Irak, estoy investigando un tema que traerá cola.

—Joder hermano, ¿estás loco?

—No, me enrolo en una compañía de mercenarios para investigar un tema raro. Estaré ausente mucho tiempo, si sale bien es posible que ya por fin siente la cabeza.

—Si no te la vuelan antes, eres gilipollas.

—Lo sé, por cierto... ¿has visto a la vecina?, le dije yo haciéndole un guiño.

—Sí, claro... jajajaja

—Mira hermano, le dije esta vez con la cara seria, es peligroso si me pasara algo malo, esta llave es la de la caja seguridad donde guardo mis cosas, todo lo que tengo será para que a mamá no le falte de nada. ¿Me lo prometes?

—Sí... claro.

Estábamos hablando con un gin-tonic cada uno cuando mi nueva mejor amiga apareció por la puerta acompañada de su primo, que habíamos sido grandes amigos de niños, les invitamos a sentarse con nosotros y pasamos una fantástica velada recordando nuestras travesuras infantiles, ella se partía de la risa, al final mi hermano se tuvo que ir y el primo de Gabi le acompañó. Nos volvimos a quedar solos, un par de gin-tonics más y decidí que nos podíamos ir a cenar algo por ahí, ella accedió encantada, mi madre también estaba encantada al saber que iba a cenar con ella. Estuvimos tapeando y saludando a gente que conocíamos en el pueblo, nos lo pasamos muy bien, ya volviendo para casa, pasamos por un parque allí nos sentamos en un columpio y mirándole fijamente le besé en la boca. Ella me correspondió, con un beso largo, “me gustas” le dije.

Volvimos andando cogidos de la mano y la despedí en su portal dándole otro beso intenso. Al darme la vuelta vi como alguien corría el visillo de mi casa, era mi madre que nos estaba espiando. Al llegar a casa, ella se había hecho la dormida en el sillón. Yo la desperté con un beso en la frente.

—¿lo has pasado bien hijo?

—Sí muy bien mamá.

—Hijo, Gabi es una buena chica, ¿verdad?

—Sí, mamá.

—Pues, no te pases con ella. Me dijo mientras me daba una colleja.

—Buenas noches... mami.

Al día siguiente, decidí ir de compras con mi madre quería comprarle algo bonito, pero ella se negó. Gracias a que llamé a Gabi y le dije que íbamos a ir todos en su coche, sí la madre de ella también. Allí le pude regalar gracias a los consejos de mi chica unos pendientes preciosos y un conjunto de traje de chaqueta para que pudiera ir bien elegante, luego las invité a comer a un buen restaurante. Una vez terminada nuestra jornada, nos fuimos a casa. Otra curiosidad fue que decidí ir a correr un poco y estaba saliendo cuando me encontré con Gabi, salimos a correr por el campo, al llegar al paraje del río. Ella con cara traviesa me dijo:

—¿te atreves a bañarte?

—Sí... le dije yo quitándome la camiseta y metiéndome en el río.

Nos metimos los dos, nos lo pasamos de cine, luego salimos y nos tumbamos bajo una encina, ella se quitó la ropa quedando completamente desnuda dejando la ropa a secar, haciendo gestos de frío se puso a mi regazo y nos besamos mientras ella me fue bajando el pantalón de deporte para ir poco a poco deslizando su lengua hasta mi polla que todavía no se había recuperado del baño de agua fría, con dos lametones estaba más dura que un mástil. Yo le agradecí el detalle comiéndole sus pezones morenos, tenía unos pechos duros, no muy grandes como los que suelen tener las modelos, pero preciosos. Luego mi mano bajó hasta su rajita, cuidadosamente rasurada y mi dedo índice comenzó a jugar con sus labios para ir poco a poco a pasar a su clítoris, se corrió de manera escandalosa y descarada arqueándose de manera que parecía que se iba a partir. Estaba listo para el siguiente paso... ella se subió a horcadas sobre mí mientras me apoyaba mi espalda en el tronco del árbol. Mis manos arroparon a su culo duro como una piedra y comenzó la larga cabalgada que le proporciono un par de orgasmos más hasta que yo no pude más y me corrí dentro de sus entrañas. Nos quedamos así hasta tarde los dos abrazados sin decir nada.

Los días pasaron volando y yo tenía que irme después de seis días que los que me había divertido como hacía años, la última noche durante una cena romántica a la luz de las velas, me sinceré con ella.

—Gabi, tengo que contarte algo importante...

—Dime cariño.

—Mañana vuelvo para Madrid, pero al contrario que piensa mi madre, no voy a trabajar a Miami, voy a Irak a realizar un reportaje y estaré fuera mucho, mucho tiempo.

—Joder, Paco. sabía que esto era demasiado bonito para durar, ¡siempre me pasa lo mismo! dijo ella mientras se asomaba una lágrima por su mejilla.

—No podré contactar contigo, lo digo para que no pienses que esto es un si te he visto no me acuerdo, pero quiero que sepas que me gustaría continuar con nuestra relación una vez termine el trabajo, si quieres claro.

—Sí, te prometo que esperaré, pero júrame que tendrás cuidado, que sepas que no pienso cuidar de un tullido.

—Lo juro, soy un GOE, ¿lo recuerdas?

Aquella noche estuvimos en vela hasta el amanecer, tuvimos nuestra ración de sexo, mi madre no puso mayor objeción a que durmiésemos juntos en mi habitación, pudimos amanecer los dos abrazados. Ella quería ver el amanecer y se levantó desnuda a correr las cortinas ver su cuerpo desnudo corriendo las cortinas es la imagen que me acompañaría el resto de mi misión cada vez que me acordara de mi chica.

CAPÍTULO 5

Me despedí de mi madre entre sollozos porque tal y como le dije, lo mismo pasaban seis meses hasta que pudiera venir a verla. Al llegar a Madrid, tuve el tiempo justo para hacer la maleta, cerrar la casa guardar los coches y poco más. No me despedí de nadie, la verdad es que por primera vez en mucho tiempo me sentía desarraigado de esta ciudad que Gurruchaga definió como un “monstruo de siete cabezas”. Salí de madrugada de nuevo a la oficina central europea de los SG, el viaje en avión transcurrió en un suspiro, sobre todo debido a la indignación que tenía una vez leído el periódico de mi mentor, lo rápido que cambiaba para mal en tan poquito tiempo. La columna de opinión de Lucía era simplemente vergonzosa, ojalá no se equivocara Augusto, pero las cosas estaban cambiando a peor y se estaba convirtiendo en prensa amarilla pura y dura.

Salí de la terminal con mi mochila, cogí un taxi y me dirigí a mi primera escala, aquel edificio discreto y ubicado en una zona industrial. Una vez allí, me presenté en la recepción, la chica muy amable me dio un identificador con mis datos y avisó a un tercero para que me acompañara a una sala donde había ya alguna gente, para mi alegría se encontraba Jacinto, sí señor, lo había conseguido. Pero tenía que hacerme el distante al menos hasta que fuésemos presentados, había un pequeño servicio de café con pastas y allí me postré tomándome uno. Jacinto se acercó a por otro, no fue difícil el ver que también era español, por lo que actué con naturalidad y nos presentamos, algo bastante normal. Nos sentamos juntos cuando empezó la charla siendo el Sr. Fritzt el encargado de darnos la bienvenida, en la pequeña charla se nos explicó unas normas según él no negociables. Se explicó el sistema de trabajo que se seguía y cómo se asignaban las misiones.

Mientras seguía la disertación, yo me dedicaba a ver la gente que había allí congregada. Para mi sorpresa había hasta mujeres, nadie diría que en este mundo de hombres duros hubiera sitio para el sexo débil, pero parece ser que sí. Una vez terminada la bienvenida, se nos acompañó a recoger nuestro equipo y desde allí se nos guio a nuestro avión, próxima parada Oriente Medio. Durante el viaje, me senté al lado de una de las compañeras, no fue algo premeditado pues los asientos estaban asignados previamente, pero fue así. Era francesa y se llamaba Liz, era de las que daban miedo, casi un metro ochenta de altura un cuerpo lleno de músculo sobre músculo, pero la chica al ver que la trataba con educación y sin formas hostiles, resultó ser muy simpática. Había servido en infantería y tenía la graduación de sargento. Según me contó se había enrolado para poder montar lo que siempre había su sueño un gimnasio. Al poco tiempo me quedé dormido profundamente sobre todo después de comernos los bocadillos que afortunadamente había traído conmigo desde España, aún se podían comer. Un sueñecito y nos despertamos prácticamente cuando el avión tomaba tierra.

Lo que más me llamó la atención era que la gran mayoría eran buenas personas que se enrolaban únicamente para poder hacer algún dinero extra. Nada más llegar, los gestos cambiaron radicalmente, nos pasaron a un hangar y nos asignaron a nuestros pelotones. La mala suerte quiso que Jacinto fuera destinado a una unidad de ubicada en Irak, en mi caso fui asignado a otra que desempeñaba funciones en Afganistán, esto hacía que los dos estuviésemos solos. Me despedí de él y me subí a otro avión para llegar a mi destino. Una vez en nuestra base, nos fueron entregadas las armas de nuestro equipo, una pistola HK USP de calibre 9 milímetros parabellum y un subfusil MP5 que usaba el mismo tipo de munición. El equipamiento se completaba con un walkie para comunicaciones, junto con unas gafas de visión nocturna y un conjunto de chaleco antibalas y un

casco, ambos de kevlar. El uniforme se nos entregó antes de partir acorde con nuestras tallas tres cosas de cada. Pude observar que ese era el equipo reglamentario, pero los compañeros veteranos llevaban otro tipo de armas, algunos incluso revólver tipo Harry "El sucio".

Después de tres días sin asearnos, os podéis imaginar cómo olía el avión, la verdad es que había olvidado estos detalles de mi antigua profesión. Pero te acostumbras enseguida, el viaje a pesar de todo transcurrió sin mayores contratiempos. Una vez allí, pude ver nuestro campamento, que no era más que una vieja base militar con hangares y adecentada dentro de lo que cabía, pero lo único que quería era un camastro y una buena ducha con una comida caliente.

Eso fue lo que recibí, pero el descanso no duró más de cuatro horas, ya que fuimos convocados por nuestro jefe de sección, el Sr. Fritz, que fue enérgico y afectuoso con nosotros, nos presentó a nuestros jefes de pelotón, en mi caso el Sr. Campbell, sargento de la infantería de marina británica. Tras este pequeño trámite, el Sargento, que era como quería que lo llamáramos, nos informó de lo que iba a ser mi primera misión, escoltar un convoy de la ONU. En mi caso me correspondía conducir uno de los vehículos, un URO de fabricación española, la cosa fue bien y no hubo muchos contratiempos, pero cansaba. Dieciocho horas al volante son muchas horas, si a eso le sumas la tensión de estar vigilando, la cosa se hace eterno.

Estuve así más de un mes, cada tres o cuatro días descansábamos y durante ese tiempo pude conocer al resto de nuestro pelotón. Estaba formado por tres escuadras, mi jefe de escuadra era un veterano cabo de la legión francesa llamado Abdul, era de origen marroquí pero no era mucha ayuda, puesto que por estos lares sólo se habla el parsi, o persa. Después estábamos dos más que también eran franceses y yo. Todos hablábamos en inglés, aunque yo tenía un conocimiento básico del francés y entremezclábamos un poquito, al cabo de un tiempo pude aprender un idioma más con cierta fluidez. Del resto del pelotón, había de todas nacionalidades, entre ellos un par de mujeres ente ellas mi amiga francesa. En el cuartel había una cantina y cada cierto tiempo se nos permitía mandar algún correo electrónico previa revisión del jefe de sección para que nadie diera pistas de nuestro trabajo. Yo seguía con mi gran interpretación de pobre españolito arruinado y me volví un poco tacaño, rara vez tomaba una cerveza y no solía dar muchos caprichos para que la gente se lo creyera.

Mi primera acción con fuego real fue de lo más sonado, durante una de las misiones rutinarias de escolta, fuimos atacados por algunos talibanes, tuvimos que sacar las ametralladoras, pero la mala suerte se cebó con nuestra escuadra puesto que quedamos descolgados del resto, el jefe de escuadra resultó herido de consideración y los otros dos compañeros estaban como idos, sin ideas, así que tuve que tomar la iniciativa, poniéndolos en funcionamiento. Nuestro coche y nuestra radio estaban destrozados, por lo que tuvimos que improvisar una camilla para el pobre cabo y seguir nuestra travesía, por lo menos hasta que encontráramos el convoy. Al final gracias a las radios pudimos contactar con el resto del convoy, pero estaban siendo atacados y nos dijeron que no podían ayudarnos, por lo que teníamos que llegar por nuestros medios a la base, que se encontraba a treinta kilómetros más o menos. Una vez más la suerte estaba de nuestra parte, según nuestro mapa había una pequeña aldea a menos de tres kilómetros, por lo que decidí dejar al resto en una cueva segura y volver con algo que nos diera cierta movilidad.

Al llegar a dicha aldea, la sensación de peligro se multiplicó por mil, la gente estaba en sus casas, pero no quiso ayudarnos. Cosa entendible en una sociedad dominada por el miedo a los talibanes, los señores de la guerra y a los invasores que habían arrasado el país des de la invasión soviética. No sabía cómo hacerlo, pero necesitaba algo para transportar al cabo treinta kilómetros sin que nos muriéramos en el intento, vi a un anciano que me miraba desafiante, no lo sé, pero intuía que debía ser una especie de jefe de la aldea, yo que tenía una libreta con algunas frases

básicas le hice ver como pude que necesitaba algo para transportar, un coche o algo por el estilo. El viejo comenzó a gritarme algo como “penicillin”, “penicillin”. Yo cogí mi botiquín y se lo di, en él había lo necesario para curar heridas de combate, incluyendo penicilina y analgésicos para el dolor. El hombre lo recogió y salió corriendo haciéndome gestos para que lo siguiera. En un corral apartado vi que tenía un par de burros con señas me hizo que cogiera uno. Yo le di las gracias y él acto seguido, sin venir a cuento cogió una piedra y se dio con ella en la cabeza. No lo entendí, hasta que imaginé que era la manera de justificarse ante los guerrilleros. Con mi fiel pollino lo que hice fue salir al camino y encontrarme con el resto de mi cuadrilla y poder remolcar al cabo. Para ello improvisamos un pequeño carro hecho con dos ruedas y la camilla el pobre animal se puso a caminar lento pero seguro.

Pero yo estaba preocupado por el resto del convoy, no había tenido noticias de ellos en un par de horas. Por lo que decidí llamar por el walkie para saber de ellos. Según me comentaron estaban paralizados por culpa de dos nidos de ametralladoras que no dejaban ni entrar ni salir de la carretera estaban estancados un par de kilómetros más arriba. Les pedí las coordenadas y decidí hacerme el héroe... ...a veces me doy miedo.

Mandé a los tres compañeros en el burro y yo me encaminé sigilosamente hasta el convoy por la cuneta, hasta que tuve una imagen visual de todo lo que pasaba. Los dos nidos estaban muy mal ubicados para ser defendidos, pero por otro lado estaban ideales para atacar, típico de alguien con poca formación militar que sólo piensa en esto último. Decidí dar un rodeo por el cerro donde estaban las ametralladoras. Estaban alojadas en un dos pequeños salientes, pero se podría atacar desde arriba tirando un par de granadas. Por lo que me dispuse rodear la montaña y subir hasta una posición me diera ventaja para atacar. Pero había subestimado a nuestro enemigo, habían puesto un centinela en la cumbre para proteger de posibles ataques desde la allí, pero tuve la gran suerte de que estaba más pendiente de la escaramuza que de vigilar. Con lo que sólo tuve romperle el cuello por sorpresa y este murió sin abrir la boca. Mi víctima llevaba consigo una especie de zurrón con granadas de mano, por lo que sólo tuve que dejar caer las bombas sobre los dos nidos dejando todo devastado. ¡Problema resuelto! Le dije al jefe de pelotón. Este lanzó un grito de alegría y nos juntamos cuando bajé del cerro. Tras un par de palmadas en la espalda conseguimos seguir con la misión, terminándola con toda normalidad. Al volver al campamento, mis compañeros de escuadra estaban esperándome preocupados, Abdul se encontraba estable, pero tenía que ser enviado a un hospital, los otros dos me abrazaron dándome las gracias. Me duché y cuando estaba limpio fui llamado por el Sr. Frizt.

—Montoya, lo que has hecho hoy ha sido una insensatez y un acto heroico en toda regla. Esto no es el ejército regular, por lo que no hay medallas, pero sí puedo nombrarte jefe de escuadra y darte una prima de dos mil euros por haber cumplido.

—Gracias Sr. Frizt.

—Ahora descansa y vete a la cantina que te lo has ganado. Otra cosa, no me llames Sr. Frizt, en el campo de combate soy “el coronel”.

—Si mi coronel.

Cuando entré en la cantina, todo el mundo me recibió con una ovación y mi jefe de pelotón me invitó a una jarra de cerveza bien fría. Estaba con un bajón tremendo de tensión debido a todo lo vivido durante el día, por lo que me senté y empecé a intimar con mi jefe. Como ya había comentado era un escocés tremendamente grande y pelirrojo. Era una bestia parda pero afectuoso a la hora de tratarme, lógico si pensamos que acababa de salvarle la vida, durante nuestra conversación hablamos nuestras batallitas. Llevábamos ya unas cuantas cervezas cuando este me preguntó:

—¿Por qué te enrolaste en esta mierda?, dijo él con cara sincera.

—Bueno, necesitaba dinero de manera urgente. Le contesté.

—¿A cuánto asciende tu deuda? ...

—A mucho dinero.

—Bueno, aquí hay mucha gente igual que tú, pero es esto o quedarte en la calle, buenas noches y gracias de nuevo. —Me dijo mientras estrechaba mi mano.

—Buenas noches sargento.

Me retiraba a mi barracón escuché ruido sospechoso me hizo observar por la ventana, no pude sino ver con una sonrisa en la boca lo que estaba viendo, era mi amiga francesa con otra compañera haciendo el amor, estaban enroscadas en plena tijera y ello me permitía poder observar mejor los cuerpos de las dos amantes. Los cuerpos eran fuertes, bien musculados como debe de ser en un soldado. Pero el de Liz, se llevaba la palma parecía más bien una culturista, pero con más tetas. La imagen de su culo rocoso cuando estaba comiéndole el papo a su compañera, no podía ser más evocador. Mientras su amiga, no sabía su nombre, le agarraba del pelo para intentar meter más su cabeza entre sus piernas y se retorció del gusto al mismo tiempo. Luego intercambiaron sus roles y pude ver lo que se dice un culo perfecto, duro y firme dejándome ver sus dos agujeros libres de vello, al final las dos terminaron corriéndose en un sesenta y nueve precioso, donde combinaban las lenguas y los dedos.

Salí a dar un paseo, quería dar intimidad a las amantes antes de entrar en el barracón, además que te pillen follando corta mucho el rollo. Por lo que terminé mi paseo, deambulando por las cocheras y ¡bingo, una pista sería por fin!, escuché un par de voces conocidas, la del sargento y otra más que no reconocí que dijo lo siguiente.

—¡Putá emboscada!, ¿para cuánto tiene? ...

—No menos de un mes... respondió el escocés.

—¡Joder!... dijo la voz misteriosa.

—Bueno, quizá podríamos sustituirle... contestó el sargento.

—¿Por quién?, ¿quién puede ser de fiar?

—Hay un nuevo, ex miembro de los boinas verde españolas, tiene los cojones bien puestos, es el que se ha cepillado a las ametralladoras y le ha salvado el culo al gabacho, además según me han informado y me lo ha confirmado él, está desesperado por pillar pasta. —Le contestó el Sargento Campbell.

—Es una putada, pégate a él esta semana y si no le observas nada raro, le hacemos la proposición a ver qué dice. —Contestó en otro.

Con esta frase, terminó la conversación entre ambos. Cada uno se fue por su lado y tras esperar un tiempo prudencial, me dirigí a mi barracón para poner mi mente en orden, no me suelo fiar de mi intuición, pero esta vez recibía señales inequívocas de que estaba detrás de algo muy gordo.

CAPÍTULO 6

No pude descansar mucho, después de todo lo ocurrido durante el día de ayer, aunque estaba cansado, no podía dejar de pensar en la conversación del sargento aquél desconocido, no pude verlos porque suponía exponerme demasiado, pero estaba cada vez más cerca.

El insomnio hizo que decidiera ir un rato a una especie de gimnasio improvisado en un barracón cercano, por razones de seguridad no podía salir a correr por ahí que era lo que más me gustaba, por lo que tenía que dedicarme a hacer bicicleta y algún aparato de musculación. No estaba sólo, estaba mi amiga la francesa allí también, no había tenido bastante con lo de anoche. Hicimos ejercicios durante más de una hora ayudándonos con las pesas y cosas por el estilo, al acabar nos fuimos a la ducha. Estaba cansado, pero por lo menos había conseguido eliminar tensiones, ella entró en el vestuario justo en el momento en que me desnudaba, tan normal con la toalla envuelta alrededor de su cuerpo, por instinto traté de taparme con lo primero que alcancé.

—Perdona, Montoya... pero en el vestuario en el vestuario de las chicas no hay agua, ha debido haber una avería, ¿te importa si me ducho aquí?

—No, por supuesto.

—Lo siento, no quería ponerte nervioso. —Dijo ella mientras se despojaba de la toalla y se quedaba totalmente desnuda.

Al ver la naturalidad con la que actuaba, no pude más que hacer lo mismo y quedarme desnudo también y meterme en la ducha, después de unos segundos placenteros de agua corriendo por mi cuerpo, noté como alguien me frotaba la espalda, era Liz. Ella se dio la vuelta y me invitó a hacer lo propio, a lo que accedí sin mediar palabra. Lo que me dio pie a observarla más de cerca, tenía una espalda fuerte rematada con un culo poderoso duro como una roca, el problema es que me puse muy burro sólo con frotarle la espalda. Pero no quería tener sexo, no.

—Entonces, ella se dio la vuelta y me dijo sonriente...vaya parece que alguien se alegra de frotarme la espalda. —Dijo mientras me agarraba la polla.

—No, por favor Liz. —Le contesté mientras la apartaba.

—¿No te gusto?

—Al contrario, me gustas mucho, pero no podría ser racional cuando hiciera falta. Hacer el amor contigo puede costarnos un disgusto a los dos a la larga. —Le contesté.

—Es sólo sexo, no pienses en otra cosa. Si tienes novia, lo entendería. —Pero creo que no es el caso.

—No tengo novia (todavía no, aunque estaba en proyecto), por lo que no le mentí, es sólo que, si hacemos el amor, no podría tratarte de igual manera que al resto y eso a largo plazo pasa factura a los dos. Lo sé por experiencia. —Le contesté.

—Es una lástima, tienes una polla muy por encima de la media de la del campamento, lo bastante grande para satisfacer a una mujer como yo.

—Lo siento... no insistas.

Salimos de la ducha y nos secamos, ella me dio un beso en la mejilla y me dijo al oído;

—Eres un hombre bueno, me alegra que me hayan destinado a tu escuadra.

—Gracias, tú también, ahora como tu superior ¿te ordeno que salgas de aquí antes de que entre alguien!

Salimos, del vestuario y nos vestimos para ir a desayunar e ir a la reunión de trabajo previa a

toda misión, en ella me designaron oficialmente como el nuevo jefe de escuadrón y me presentaron a los otros tres integrantes, uno de ellos ya la conocéis era Liz, los otros era Manny, un americano y un irlandés llamado Tom. El grupo me gustaba, éramos un grupo de locos simpáticos, no tardamos ni diez minutos en congeniar, buena gente. Durante el primer servicio, el jefe de pelotón decidió que fuera con él en su todo terreno. Durante las ocho horas que duró la misión hablamos de cosas sin fundamento alguno, sobre valores, decepciones y demás cosas que parecían intrascendentes. El escocés era muy listo sabía cómo tantear el terreno, me iba buscando amigablemente mis posibles debilidades, he de reconocer que era muy bueno, al final de la misión me volvió a hacer la pregunta:

—¿Por qué te enrolaste en esta mierda?

—Ya te lo dije ayer, debo mucho dinero en España, el problema es que contraí la deuda con gente digamos que poco adecuada a la hora de deberle dinero. Tengo un acuerdo con ellos que debo devolverle el 50% en seis meses, el problema es que con nuestro sueldo me falta un pequeño empujón, creo que les pueda convencer de poder rebajarles del 50% al 30% el pago inicial, pero me costará un plus en intereses. —Le dije yo en tono serio.

—¿Te gustaría ganar un dinero extra? —me preguntó con gesto serio.

—¿Le preguntarías a un ciego si le gustaría ver? —le contesté alegremente.

—Bueno, dentro de este destacamento, hay un grupo de personas comandadas por mí que hacemos unas labores de escolta fuera del negocio del coronel. Son veinticinco mil dólares limpios de polvo y paja por cada misión y persona. El trabajo consiste en proteger un envío desde un punto A hasta un punto B. Fácil, rápido y sencillo. Hacemos un envío cada tres semanas, esto te supone el sueldo de siete meses en menos de un trimestre. Tienes que decidirte ya. No hay espera, ¿Qué me dices? —Me dijo con una mirada sumamente expresiva.

—Bueno, si no es nada del otro mundo y hay una buena pasta por medio, yo diría que sí. Cuenta conmigo. —Le contesté echándole la mano.

—Muy bien, esta noche quiero que estés en el barracón C a las diez, donde tendrás los detalles.

El resto del día transcurrió con normalidad hasta que se hizo la hora acordada, un poco de gimnasio y poco más. Llegada la hora nos encontramos en el lugar indicado. Nada más llegar, abrieron sigilosamente la puerta indicándome que pasara rápido para no despertar sospechas. Al entrar, pude ver a otros cuatro jefes de escuadra junto con el sargento, entonces el escocés tomó la palabra.

—Buenas noches, creo que no hace falta presentar a nuestro compañero nuevo. Sin más, os paso a comentar en consiste nuestra misión, deberemos adentrarnos en el enclave de siempre para recoger la entrega y posteriormente depositar la mercancía asignada en la frontera con Uzbekistán. El punto de entrega está en el GPS que se os asignará en cada vehículo que llevéis en la misión. La entrega debe de hacerse antes de las 17:00 horas de pasado mañana por lo que tendremos que conducir toda la noche, a vuestros miembros de escuadra se le dirá que llevamos medicinas a una población apartada, una vez llegado al sitio les pondremos vigilando el perímetro para poder cargar la mercancía. ¿Alguna pregunta?

—Eso está bien, sargento... pero ¿qué les diremos cuándo la entreguemos en la frontera? —Le pregunté yo.

—No pasará nada, porque les dejaremos vigilando alguna posición cercana alegando medidas de seguridad, mientras nosotros seguiremos con el convoy como si nada. Es algo frecuente en estas misiones, nosotros haremos la entrega y volveremos a la posición señalada en menos de veinte horas. —Me contestó el sargento.

—¿Y si fueran atacados por los talibanes? —Volví a preguntar.

—Eso no pasará, la zona está controlada por los señores de la guerra y tienen un pacto de no agresión para estas cosas. A los narcos no les interesan que el valor de la mercancía suba por estos motivos, si fuera así buscarían otros proveedores y ellos perderían más, ¿Alguna pregunta más? —Dijo Campbell con gesto severo.

—No mi sargento, entienda que es la primera vez...

—No te preocupes Montoya, lo entiendo, es mejor parecer tonto diez minutos que no toda la vida. Bueno, si no hay más preguntas mañana saldremos como si fuera una misión más bajo el paraguas de la ONU. Todo está preparado para que se nos asigne la misión, si alguno no está bien físicamente que lo diga ahora para poder buscar a un sustituto. ¿Nadie?, bien entonces... saldremos mañana a las cuatro de la mañana por lo que id a dormir un poco, mañana se os asignarán los vehículos en los que vais a ir. Rompan filas.

Salimos a dormir y por primera vez lo hice con cierta tranquilidad, quizá porque había conseguido mi objetivo, o bien porque estaba realmente cansado. Lo único que le dije a mi unidad es que teníamos que estar a la tres de la mañana preparados para salir, ellos lo tomaron como algo normal.

Me desperté sobresaltado a las dos y media de la madrugada al escuchar un ruido raro, era la francesa, ¡Joder, esta tía debe de tener furor uterino!, la muy cabrona se estaba masturbando como una posesa. Yo me limité a mirarla, viendo como con un se metía los dedos dentro del coño y se frotaba los pezones. Su cara era la pura expresión del gozo, por la forma en que curvaba su espalda el orgasmo fue de órdago a la grande. La erección que me provocó hizo que tuviera que ir al baño a pajearme y así descargar un poquito de tensión, así que me senté en la taza del váter y comencé el concierto de zambomba en FA mayor. Al tener tanta urgencia se me olvidó cerrar la puerta con llave y eso fue mi gran error, Liz entró en el baño para lavarse un poquito y me pilló con el asunto entre manos, la muy cabrona con una sonrisa en la boca, se arrodilló delante de mí abriéndome las piernas para poder tener una mejor vista de lo que le interesaba ver. Apartando mis manos suavemente agarró el troco de mi polla con una mano, mientras jugaba con mis huevos con la otra, arriba y abajo, tenía las manos húmedas y cálidas debido a sus jugos vaginales. Y con una mirada cómplice y pícara al mismo tiempo se introdujo mi glande en su boca, jugando con su lengua y pasándola por todo el tronco de mi pene hasta los testículos para metérselos en la boca y seguir jugando con ellos. Al final se la metió toda ella en la boca, realizando un movimiento frenético de arriba abajo. La levanté y la senté a horcajadas para penetrarla, su coño estaba totalmente encharcado y yo entré en sus entrañas sin menor problema, para agarrarla firmemente por su culo y levantarla en vilo mientras me ponía de pie, pero había un problema pesaba bastante por lo que decidí apoyarla contra el lavabo y atacarla desde atrás. Estuve empujándola salvajemente de forma que ella no tardó ni dos minutos en tener el primer orgasmo, ya no pensaba ni razonaba, quería entrar en ese culo rocoso que tanto me gustaba para ello utilicé el jabón líquido que tenía a mano y me puse a jugar con mi lengua en su clítoris mientras mis dedos dilataban el esfínter, la muy zorra se volvió a correr inundándome la cara de flujos vaginales, era el momento de apuntar desde atrás, con mi glande apunté hacia su puerta trasera y poco a poco fui empujando con delicadeza hasta que entró toda mientras que ella se machacaba el coño con sus mano derecha. Cuando mi polla pudo deslizarse con mayor facilidad empecé con acometidas más rápidas y seguidas hasta que ninguno de los dos aguantamos mucho más y nos corrimos llenando su culo de rica leche. Acabamos los dos duchándonos juntos, entre risas y miradas cómplices.

Después de vestirnos y desayunar, nos juntamos con el resto del pelotón para hacer la farsa del reparto de trabajo y comenzar la misión secreta. Durante el viaje, no comentamos nada, íbamos

con los camiones de las naciones unidas, junto a un par de funcionarios que en teoría eran los que se encargarían de hacer llegar la ayuda, estos viajaban en el blindado que conducía el sargento y no pude fijarme en su cara ni saber sus nombres. Después de siete horas de viaje llegamos a la zona prevista. Yo repartí a mi escuadrilla en una zona bastante defendible para poder alejarles de los posibles peligros que les acecharan. Y conduciendo el camión que se nos había asignado, me fui con el resto.

Nos dirigieron a una cueva enorme donde nos esperaban los otros camiones perfectamente rotulados con las siglas U.N. y salimos en dirección a la frontera. Durante el viaje pude calcular que llevaríamos aproximadamente dos toneladas de pasta de opio, no sabría decir a ciencia cierta cuánta saldría de dicha cantidad, pero creo que bastante para ser un negocio muy lucrativo. Después de un viaje sin mayores contratiempos pude ver como uno de los funcionarios de las naciones unidas bajaba del camión para hablar con los guardias fronterizos, este les dio un fajo de billetes de dólares y no hubo más problemas. El punto de reparto estaba a una hora por carretera desde la frontera, en ella nos esperaban otros camiones y tuvimos que esperar a que comprobaran la mercancía y la cargaran en un avión para poder transportarla hasta el puerto más rápida, el intercambio no se hizo esperar mucho. Mientras nos agasajaron con una suculenta comida típica de la zona, carne de caballo trinchada y aderezada con múltiples especies, todo ello bien regada con la bebida típica, un aguardiente imbebible, yo decline la oferta de beberlo alegando problemas con la bebida.

Sin más contratiempos volvimos a cambiar los camiones para volver a la base sobre la hora prevista. Al llegar se nos entregó nuestra parte y se nos emplazó a estar callados.

De esta manera pasaron otros tres meses en unos cuantos envíos más, tenía un pastón y un montón de horas de grabación, así como información variada. Un día en una de esas “misiones”, me tocó ir con el sargento y comenzamos a charlar ante el tedio del viaje:

—¿Cuánto calculas que gana el coronel con todo esto de los envíos? —Le pregunté.

—¿El jefe?, nada... bastante gana ya con nuestro trabajo normal. ¿Sabes por qué la empresa está radicada en Australia, pero todo se maneja desde Austria? —Dijo el sargento con tono jovial.

—No, la verdad, pero nunca me lo he planteado. —Le contesté.

—Pues, el motivo es que la normativa de estas empresas es menos estricta en Australia, en Europa la das de alta como empresa de seguridad privada y eso hace que te dejen tranquilo, pero allí sólo hay una pequeña oficina con un par de empleados.

—Aaaaaa, ya lo entiendo, le dije yo.

—¿Tanto gana con esto el cabrón del coronel? —le pregunté.

—El año pasado tuvo un beneficio neto de en torno a quince millones de euros, nosotros trabajamos como cinco militares regulares y nos tenemos que pagar parte de nuestros gastos, el cabrón del coronel tiene una fortuna personal de cerca de cien millones de euros. Y a nosotros no nos queda ni para una pensión, yo ya tengo comprada una casa en tu país donde pienso retirarme con el dinero que he ganado hasta ahora. Antes lo hacíamos un poco de extranjis y a veces nos metíamos en líos. Pero el nuevo jefe nos empezó a organizar desde hace un año. Desde entonces la cosa va sobre ruedas, un año más así y no tendré que trabajar y sólo disfrutaré del clima de España.

—¿Crees que esto va a durar tanto? —Le pregunté yo con curiosidad.

—Bueno, yo llevo tres años así, a esto le queda poco, pero por lo menos tenemos para un añito. Y tú, con lo que has ganado, ya habrás resuelto tus problemas financieros, ¿no es así? —Me preguntó.

—Sí, con el primer pago anticipé una buena parte del segundo y último. Gracias a ti y por

haberme recomendado

—¿Sabes quién es el cerebro de la operación?

—Sí, el señor que estaba contigo.

—No, ese es el organizador. El jefe supremo es un alto comisionado de la ONU, el tío vive en Nueva York y se lleva el dinero, hace más o menos que el hijo de Kofi Annan cuando se hizo millonario con el sistema de petróleo por alimentos que instauró su padre con el régimen de Sadam Husein. —Dijo él.

—¿Y qué pinta el organizador?

—Es un loco, nunca he visto a nadie con tantos cojones, pero tiene una autoridad de mando que hace que nadie se atreva a cuestionar. Hasta que llegó él esto era un caos.

—Me encantaría conocerle, ¿Es mercenario como nosotros? —Le pregunté.

—Lo era, ahora trabaja para la ONU, el muy cabrón, tiene hasta pasaporte diplomático, para que el Coronel no sospechara, simuló su muerte y se cambió la cara.

—Es un tío listo, así no levantará sospechas.

—Bueno, ya está bien de preguntas. Ahora vuelve a tu camión, quizá te presente al loco hoy. ¿Sabes que él también quiere conocerte?, ha sido un acierto el meterte en el grupo, cumples con tu misión perfectamente y lo que más le gusta es que no te metes en líos. Cuando crucemos la frontera te lo presentaré.

—Gracias —le dije yo.

La misión transcurrió con más de lo mismo, intercambio de camiones y salida para la frontera esta vez Tajikistan. Una vez llegamos los mismos trámites para cruzar la frontera y una comida succulenta, durante la cual el sargento Campbell, me llamó a parte para cumplir su parte del trato llevándome a una casa separada del resto. Me invitó a pasar y en ella pude ver a una persona cenando, algo en mi interior sonaba como una alarma de peligro, pero no podía sino seguir adelante.

—Jefe, aquí le traigo a nuestro amigo Montoya.

—Hola Montoya, dijo el jefe en un español perfecto.

—Encantado de conocerle Jefe, le saludé estrechándole la mano.

—Tienes unas referencias increíbles, por no hablar de lo bien que habla tu jefe de pelotón.

—Muchas gracias señor.

—Además es un placer conocer a uno de los mejores periodistas de investigación de mi país.

—Me dijo el muy cabrón, mientras la cara del pobre sargento Campbell cambiaba de color.

No había terminado de hablar cuando el jefe sacó una pistola y le voló la cabeza al pobre sargento. Yo me levanté de un salto y me quedé de piedra esperándome lo peor. Viendo como este se levantaba con un andar parsimonioso y se acercó a rematar su víctima. Estaba realmente asustado, tanto que creo que me lo hice encima. Entonces lo vi claro, esos andares, ese español perfecto y me atreví a decir:

—¿Julio Díaz, supongo?

—Montoya, tu capacidad deductiva me asombra, pero ¿cómo me has reconocido?

—Los andares de torero no los has corregido, has ido igual que cuando ibas con el descabello a rematar a tus toros.

—Jajajajaja, nunca había reparado en eso, ¡buena deducción! —Dijo él.

—Ya que me vas a matar, al menos deja que sepa, el porqué de esto.

—Bueno, supongo que debes saberlo, has llegado demasiado lejos para quedarte con las ganas, es sencillo, soy multimillonario como puedes saber, por lo que no es por dinero. Siempre me he alimentado del peligro, los vampiros se alimentan de sangre, mi maná es el peligro, siempre

he ido más y más lejos. Al final, las condiciones físicas no me permitían estar delante de un toro cómo yo quería, por lo que opté por este camino, el pobre Jacinto me ofreció la posibilidad de ir aquí, todo iba bien, pero como has podido observar, peligro lo que se dice peligro sólo lo tenemos en contadas ocasiones. En una de las misiones le salvé el culo Alberto Jones, el cerebro de esta operación. El “cerebro” ya había comenzado con el negocio pero el sistema de trabajo era un puto desastre, ahí es donde entro yo, con mis labores organizativas ha sido un gran negocio para todos. Ahora somos socios al 50%.

—Pero, yo he estado allí y no hay mucho peligro que digamos, todo está controlado... —Le contesté.

—No, todo no, el día de antes doy una batida reventado talibanes por donde voy, eso hace que esté bien alimentado.

—Pero yo te vi muerto en Madrid, ¿Cómo has podido engañar a todo el mundo?

—Es sencillo, suma a un idiota que se me parecía mucho, un médico forense casi arruinado por culpa de una elevada hipoteca y una ex. A eso le sumas que tengo cantidades ingentes de dinero y ¿qué te da? —Contestó complacido.

—Y Jacinto, ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Nada, el investigaba el caso, pero como es mi amigo de la infancia, le he mantenido alejado. Por eso moví influencias para que lo destinaran a Irak. El es un scout, no valdría para esto. Lo mejor de todo es cómo te descubrí.

—Me imagino que alguien de dentro se fue de la lengua. —Le contesté, cada vez más desafiante.

— Bueno, fue realmente sencillo, tengo una amiga en España que te conoce muy en profundidad y que te odia, ella es la que maneja el dinero que gano, ¿sabes que estoy a punto de convertirme en el flamante propietario del periódico de tu amigo Augusto?

—¡Lucía!... ¡Será hija de la gran puta! —Exclamé realmente dolido.

—¡Exacto!, ahora que lo sabes todo, sólo queda un pequeño detal...

BOOOOOOMMMMMM, estalló una granada cerca de la choza donde nos encontramos haciendo parte del techo cayera encima del torero, yo me levanté como un resorte y me abalancé sobre él, anduvimos enzarzados en una pelea sin cuartel, intercambiando golpes, patadas e incluso algún mordisco, en plena pelea pude agarrar una silla que estaba por allí y conseguí darle en toda la cara con ella, la hostia que le metí hizo que se cayera sobre una madera puntiaguda del techo derruido, atravesando su cuerpo como si fuera una estocada hasta la bola. La herida era mortal de necesidad, pero el cabrón se partía de la risa mientras escupía sangre por la boca, se reía de la muerte. Sólo acerté a decirle:

—Lo que más me jode de todo esto es que te admiraba...

—Nunca te fies de un torero... aagggggggg.

Dando un último estertor murió delante de mí con una sonrisa bobalicona, me quedé mirándolo fijamente ajeno a todo lo exterior. De repente sonó otra explosión, se hizo la oscuridad y no recuerdo nada más, hasta que desperté en un hospital militar en Afganistán. A los pies de mi cama estaban Liz, el coronel y Jacinto. Al intentar incorporarme, noté un dolor terrible y Jacinto me dijo en tono castizo:

—¡Tranquilo Rambo, se te ha caído un tabique encima y ya quieres levantarte!

—¿Qué ha pasado?, ¿Por qué estáis todos aquí? —Le pregunté a Jacinto todavía muy aturdido.

—Bueno, como te he dicho se te cayó un muro encima, tienes roto un brazo una costilla e innumerables pequeñas heridas por todo tu cuerpo a modo de metralla, y un traumatismo en la cabeza de un par de cojones. Poquita cosa, para un tío como tú. —Me contestó sonriendo.

—¿Podemos hablar a solas Jacinto? —Le dije al hombre lobo.

—Si es sobre tu misión, puedes hablar abiertamente... ellos están al tanto de todo, de hecho, Liz era tu escolta en esta misión. —Dijo él sonriente.

— ¡Montoya, estoy muy contenta de verte! —Dijo Liz con una sonrisa en la boca.

—Eres una cabrona, sabías que trabajaba para el CNI y aun así has estado ocultándome tu identidad. —Le contesté un poco molesto.

—Créeme, ha sido lo mejor para los dos. —Dijo ella.

—Bueno, por lo menos parece que todo ha terminado y parece ser que podré hacer un buen reportaje en cuanto salga de aquí. —Le repliqué.

—Sí, aún falta un detalle, hemos confiscado todo el material de tu investigación. —Me dijo el cabrón del hombre lobo con gesto serio.

—Pero es esencial para mi trabajo, si él no hay reportaje. —Protesté.

—Imagina el escándalo que va a suponer esto, nuestros jefes quieren purgar las Naciones Unidas de parásitos como estos que no tienen escrúpulos para enriquecerse con las guerras, pero hay que hacerlo bien. Si esto sale a la luz, la ONU desaparecerá y todavía hay gente buena dentro de ella que cree en el sistema, entre ellos me encuentro yo, como miembro del equipo de seguridad interna. Trabajo para la ONU. —Contestó ella.

—Y yo, ¿qué voy hacer entonces?, me he jugado el culo para nada. —Dije.

—Para nada no, has evitado que cantidades ingentes de droga inunde las calles por no hablar de haberte llevado por delante a un hijo de puta como era Julio Diaz. Además de salvarme el culo a mí y a mi empresa. —Me contestó el Coronel.

—Una cosa más, ¿Cómo sabíais que estábamos aquí? —Le dije.

—Es sencillo, tu ropa está plagada de emisores, te hemos seguido desde el primer momento. —Esta vez el que habló fue el Coronel.

Entró la enfermera y echó a todo el mundo alegando que ya estaba bien por hoy, necesitaba descansar. Todos iban a salir cuando le pedí a Liz que se quedara un segundo, una vez solos le pregunté:

—¿Nuestros encuentros fueron parte del trabajo? —Me atreví a preguntar.

—No, Montoya... en mi caso me gusta liberar tensión durante las misiones, tú has sido un gran aliado contra el estrés que origina este tipo de trabajos.

—Gracias, si no llega a ser por ti hubiese cometido alguna temeridad. —Le contesté.

—No me lo agradezcas, el sentimiento es mutuo. ¿Sabes una cosa? —Me preguntó ella. —De todos los compañeros que he tenido, tú has sido el mejor con diferencia, mi culo se lleva una honda impresión tuya, jajajaja. Te deseo lo mejor en el futuro. —Me dijo mientras me daba un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Liz.

La convalecencia fue un poco tediosa, pero gracias a las visitas del hombre lobo, la hicieron mucho más amenas. En cuanto a los compañeros, no supieron mucho al respecto, según me dijo el Coronel. Los supervivientes de la escaramuza, fueron detenidos por la DEA. Al cerebro le tendieron una trampa para que fueran los propios narcos quién lo borrarán del mapa. A mí, me hicieron la coartada de que sería detenido una vez que se curaran mis heridas, para evitar futuros problemas. Aunque me recomendó que me tomara unas largas vacaciones. El día que me dieron el alta, me despedí del coronel con un abrazo dándome las gracias por todo. Este me dio su número de teléfono personal para que lo llamara para comentarme un proyecto que venía barruntando desde hacía unos días. Me brindaba la posibilidad de hacer un reportaje en profundidad sobre su empresa, acepté, pero le emplacé para dentro de seis meses, necesitaba terminar un par de cosas

más.

Jacinto y yo volvimos a España juntos, durante el largo viaje, no hablamos mucho, pero al cabo de un rato tenía una pregunta que no quería dejar sin hacer.

—Falta un fleco pendiente en España, el dinero de la venta de la droga se estaba invirtiendo en el periódico de mi amigo Augusto. El testaferrero de la trama es una hija de puta llamada Lucía.

—Ya lo sabemos, ahora está siendo detenida por una operación conjunta de agentes de la DEA y de la policía nacional, será llevada a juicio por ello. Tranquilo que le quedan dos telediarios. Además las pruebas son muy sólidas. Has hecho un magnífico trabajo. En cuanto a tu amigo, no te preocupes, se levantará un revuelo importante, pero según hemos tenido noticias, el dinero no ha llegado a ser depositado en el capital social del periódico. Esto significa que a él no le va a pasar nada. ¿Tú que vas hacer ahora?

—Jacinto, tengo un proyecto muy bonito entre manos, ¿Sabes una cosa?, lo mismo siento la cabeza y todo.

—Eso no puede ser verdad Paco, ¿Tú?, ¿Sentando la cabeza?, ¿De verdad estás hablando de mujer, familia y todo eso?

—Sí, a eso me refiero. Estuve de vacaciones en mi casa y he conocido a la mujer de mis sueños, la conozco de hace mucho tiempo, pero ahora ha surgido el amor. Espero no haber llegado tarde.

—¿Es la chica a la que has llamado antes de salir? —Me preguntó Jacinto con aire divertido.

—Sí, es ella...de momento no se puesto muy mal al decirle que volvía, ¿Tú crees que tengo posibilidades?

—No sé... siempre has sido un culo inquieto, pero si no lo intentas lo mismo te pierdes algo grande. —Sonrió el hombre lobo en tono fraternal.

—Bueno, Augusto me debe un favor, si le pido una corresponsalía no creo que me la niegue. Cambiando de tema, dije yo ¿Cómo llevas que tu amigo de la infancia fuera el malo de la película?

—Mal, pero sabes una cosa, he perdido a muchos amigos de la infancia por culpa de la droga, algunos se murieron, otros han destrozado su vida. Los únicos que salimos del arroyo fuimos Julio y yo. Nunca entenderé por que se alió con esta gentuza.

—Jacinto, él se justificó que sólo lo hacía para poder matar a gente a diestro y siniestro. Tu amigo era un psicópata y la guerra sólo le servía para alimentar su hambre de sangre, un torero de verdad nunca hubiera hecho esto.

—Llevas razón Montoya, llevas razón.

Fin